

La Espera

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

Año II * Núm. 60

Precio: 50 cénts.



CÁMARA

Cuadro de Tiepolo, que se conserva en la Academia de San Fernando



Todo lo que contiene
el armario se ha perfu-
mado deliciosamente
por haber guardado
en él la caja de Jabón

Heno de Pravia

Ehrmann.

La Esfera

Año II.—Núm. 60

20 de Febrero de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



Detalle de la carroza "Juego de bolos", que ha ganado el segundo premio en el concurso celebrado en el Paseo de la Castellana, de Madrid, con motivo de las fiestas de Carnaval.—(El primer premio fué declarado desierto)

FOT. SALAZAR



Detalle de la carroza "¿Te la digo, resalao?", que ocupaban lindísimas mujeres

DE LA VIDA QUE PASA

EL CARNAVAL EN MADRID

VIENE hablándose de la decadencia del Carnaval desde hace muchos años. Para perfeñar estas líneas no me he atenido exclusivamente á mis recuerdos, evocando mi niñez un tanto remota, sino que he consultado con amigos de edad más avanzada, y aun hice algunas investigaciones en anejos libros. De todo ello resulta que esa decadencia del popular festejo, iniciada hace más de un siglo, al decir de unos y de otros, no es cosa que amenace seriamente con una próxima desaparición de la bulliciosa farándula, dicho sea para tranquilidad de sus fervorosos partidarios.

Hasta podría asegurarse que no existe tal decadencia, pues por muy lentamente que caminara, habría dado ya al traste definitivamente con el Carnaval si en efecto datara su iniciación de los tiempos en que empezaron á consignarla los cronistas. Lo que ocurre es que como todas las fiestas populares, ha sufrido cambios de aspecto en relación del estado moral y económico de cada época, y así se explica, y al propio tiempo queda demostrado lo que dijimos antes, que en

algunas ocasiones haya resurgido con bríos tan grandes que no parecía sino que muy lejos de decaer, recobraba el esplendor de sus mejores tiempos. Con intermitencias más ó menos largas, ha ocurrido esto repetidas veces en poco más de un siglo y no es necesario un estudio muy minucioso para descubrir las razones á que el hecho obedece.

Una es la expuesta; otra la de haber querido procurar algunos de los alcaldes ó municipios que de la Villa y Corte lo han sido, más grato esparcimiento á su pueblo, bien por amor á él, ya con ánimo de festejar algún suceso que con las Carnestolendas coincida, ó acaso con el exclusivo propósito de dejar un recuerdo de su actuación en la poltrona concejil, que al propio tiempo que su memoria, perpetuara su ineptitud. Ello es, que en diferentes ocasiones más ó menos lejanas, las fiestas de

Carnaval han adquirido extraordinario brillo. No existe, pues, esa decadencia que fatal e inevitablemente conduce á la extinción; debemos



Coche del Dr. Gereda, denominado "Lámpara de porcelana", al que se ha concedido el primer premio en el concurso de la Castellana

CÁMARA



Detalle de la carroza titulada "¡Eh, á la plaza!", que ofreció un conjunto muy pintoresco

afirmarlo aun cuando los enemigos y detractores del Carnaval, esperanzados con su próxima muerte, sufran un disgusto ante esta afirmación tan categórica á que nos obliga nuestra sinceridad, y si repasan en su memoria, encontrarán varios ejemplos que confirman lo dicho, puesto que recientes están aún algunos Carnavales que en lujo y alegría pudieron competir con los más famosos del extranjero.

Cuando propiéndose aumentar los esplendores de la fiesta recurrieron las autoridades organizadoras á las entidades y asociaciones, al comercio y aun á los particulares en solicitud de su cooperación, consiguióse sin gran esfuerzo que el Carnaval madrileño resultara tan interesante y vistoso como pueda serlo actualmente el famoso de Niza. Claro es, que nos referimos á la exhibición de carrozas y de coches engalanados, de mascaradas y estudiantinas que acuden estimuladas por los premios; esto es: á los concursos, que despertando la emulación determinan un brillante desfile en el que el ingenio y el buen gusto entablan re-

nida competencia. A este propósito sistemáticamente sostenido, obedece el que en algunas poblaciones del extranjero ofrezca el Carnaval tanta brillantez y le hayan dado fama mundial. Si en Madrid hubiera existido esa misma intención perseverante, también la fiesta hubiera ido adquiriendo mayores atractivos y en pocos años habría alcanzado renombre.

El carácter que de regocijo popular tiene, ni aquí ni en parte alguna puede contribuir á hacerlo famoso, pues el que sólo busca un rato de expansión y alegría bajo el disfraz, no se ha preocupado nunca de la brillantez del conjunto, puesto que le bastaba con cubrir su cuerpo con una colcha y enmascarar su rostro con una tosca careta para tener derecho á dar rienda suelta á sus afanes de diversión.

Cierto es que los enemigos de la fiesta, que no lo son únicamente del Carnaval, sino también de todo regocijo público que tienda á perturbar el orden, determinando una alteración en las costumbres, siquiera sea transitoria, han impedido el creciente progreso de esta manifestación de la alegría, con



Coche denominado "Nilo", que llamó mucho la atención



"Alma gitana", carroza ocupada por lindas señoritas

sus frecuentes quejas y sus reiteradas apelaciones al buen sentido y aun al derecho que asiste á todo ciudadano á disfrutar de la tranquilidad que apetece, sin que nadie venga á turbarla con expansiones de que no quiere participar, y como á los que tales argumentos sostienen les asiste una razón indiscutible, su opinión ha pesado mucho y ha tenido que influir poderosamente en el hecho de que el Carnaval no haya llegado á nuestros días con el constante y aún progresivo esplendor con que ha llegado en otros países.

En esto es en lo que anduvieron desacertados los defensores de la fiesta, pretendiendo que en los días de regocijo todos deben participar de él ó sufrir pacientemente las molestias que proporciona al que no tenga gana de divertirse. Si en vez de obstinarse en despreciar este derecho hubieran encaminado sus iniciativas y su firme propósito de sostener el Carnaval á conseguir una armonía entre sus afanes y las ajenas conveniencias, llevando el festival á donde no causara estorbos, no teniendo éste más detractores que aquellos á quienes molesta, no solamente se hubiera sostenido, sino que habría ido adquiriendo mayor brillantez de día en día.

No es, ni debe ser, fiesta de la calle, que interrumpe la circulación y paraíce el tránsito, como no debe serlo ninguna otra manifestación del regocijo popular. ¿Hay nada más absurdo que impedir, en gracia á la diversión

de unos cuantos, la inmediata e imprescindible satisfacción de muchas necesidades de la vida? Llevad la fiesta donde á nadie pueda estorbar, donde la gritería y el bullicio no pueda herir los oídos del que sufre, ni sus abigarrados colores ofender los ojos del que llora, es tan indispensable para no atentar al derecho de gentes y al sentido común, como para procurarle el esplendor debido.

En Madrid no escasean lugares adecuados para los más grandes festivales, donde seguramente adquiriría la exhibición carnavalesca mayor visualidad: el Hipódromo ó el Retiro resolverían satisfactoriamente el problema. Marco más espléndido no podría encontrarse para un desfile de coches y carrozas y para una exhibición de máscaras, y si en vez de los crudos días de Febrero ó de Marzo, se eligiese también época más propicia, como es la Primavera, habría conseguido todo, porque una de las causas que impiden que la fiesta resulte más brillante suele ser la inclemencia del tiempo.

¿Qué no hay modo de que el Carnaval caiga en Mayo? ¿Y qué más da? ¿Por qué han de ser las Carnestolendas y no el florecer de los campos lo que se celebre? ¿Por qué se ha de festejar al dios Momo, símbolo de la ridiculez y de la fealdad, y no á la diosa Primavera, que simboliza la juventud y la hermosura, el resurgimiento á la vida de la naturaleza agostada por los rigores del invierno?—JUAN BALAGUER

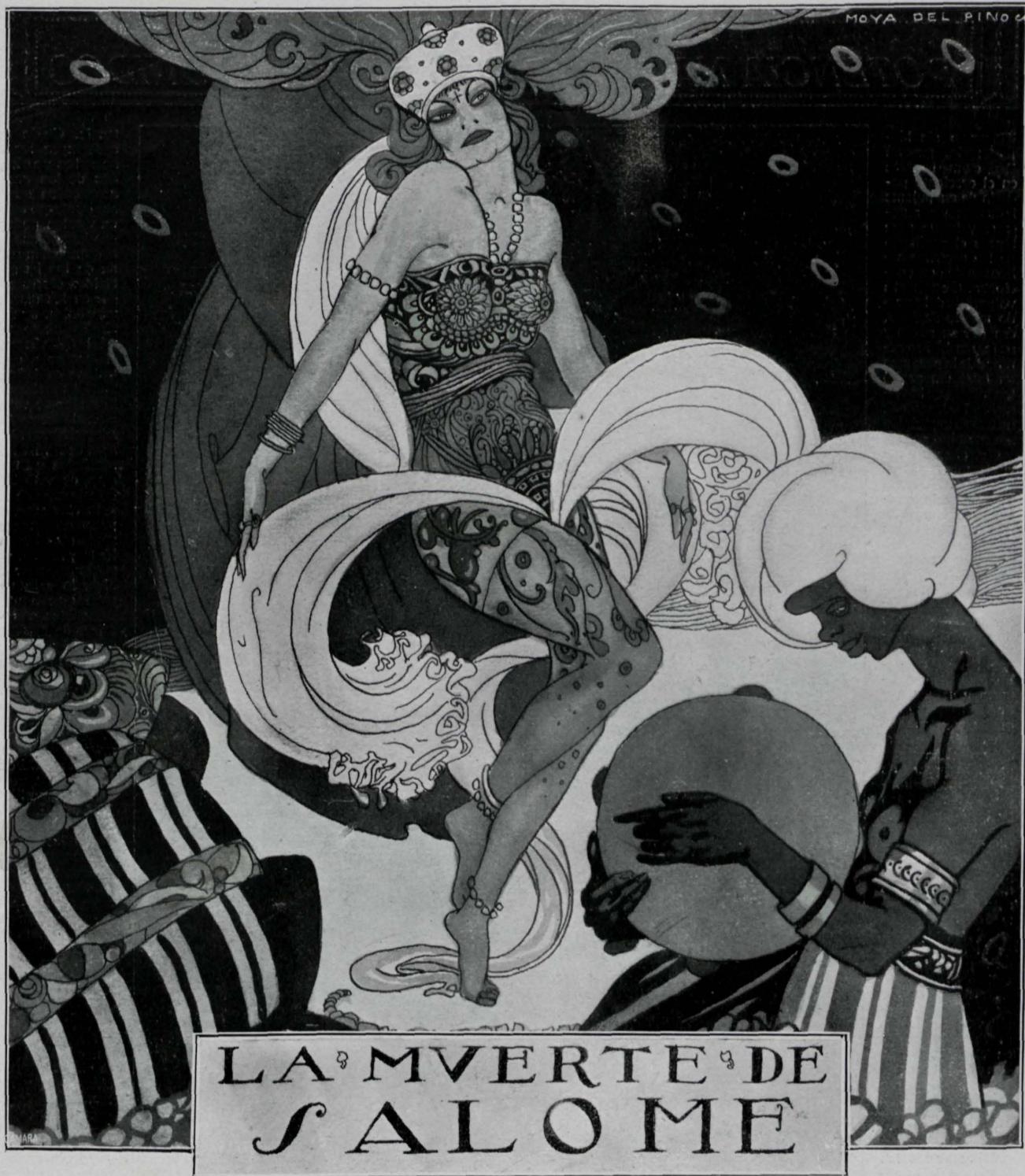


Carroza "Miau", que figuró en el concurso de Carnaval



Un detalle de la carroza denominada "Sport"

FOT. CAMPÚA Y SALAZAR



LA MUERTE DE SALOME

Salomé fué rubia y el áureo raudal
de su cabellera
era más dorado que su manto real.
Fué rubia, lo mismo que una llama viva,
y en sus danzas era
como una serpiente dorada y lasciva.

Blonda como el trigo, la pintó el Tiziano;
un rubí fulgía sangriento en su mano.
¡Oh, manos perversas, manos olorosas!
¡Ojos de violentas ojeras sensuales!
¡Oh, pies musicales,
blancos pies, cargados de piedras preciosas!

La princesa inquieta
de cabellos rubios y mirada verde,

aún sueña que muerde
los cárdenos labios de Juan, el asceta.

Ya ha muerto el Tetrarca y ha muerto Herodías;
se hundió el poderío de los faustos días
y como una pálida sombra mendicante
vaga la vesánica princesa danzante.

Es invierno, nieva. El río está helado
y es como una lámina de terzo cristal.
La princesa baila, al viento el raudal
de su milagroso cabello dorado.

De pronto, los témpanos se abren á su paso
musical y lúbrico y se hunde en el río
su divino cuerpo de ámbar y de raso,

y plasman sus labios el reir sombrío
de los miserables que mueren de frío.

¡Fué su último baile! Un filo de hielo
igual que un alfanje de blanco cristal
segó su cabeza... Caña del cielo
la nieve como una losa funeral.

¡Oh, princesa extraña, perversa y artista,
ya sus locas danzas no trenzarán nunca!
¡Rueda por el hielo su cabeza trunca
como la cabeza de Juan el Bautista!

EMILIO CARRÉRE
DIBUJO DE MOYA DEL PINO

EL VIGÍA DE AMÉRICA

POTENCIA NAVAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

PUEBLO sin historia, parecía complacerse en el creciente poderío de su pujante industria y ser potente y fuerte para lograr el equilibrio de los espíritus bélicos de otras naciones. Centinela voluntario del cerrado templo de Jano, era por su razón y su fuerza árbol de la paz; mas un fatal día probó las mieles de la victoria y la semilla de un futuro imperialismo germinó presta.

Gracias á unos modestos acorazados había conseguido el pueblo yankee, sin esfuerzo notorio, la adquisición de un vasto imperio colonial, que nosotros, inhábiles e imprevisores, tuvimos que ceder ante la supremacía de la fuerza naval; y bastó este triunfo para que los más serenos espíritus se dejaran dominar por ensueños de conquista y para que las doctrinas marciales hallasen eco propicio en un país que, hasta entonces, sólo aspiró á la pacífica y protectora hegemonía americana.

Fomentaron los gobiernos el incremento del poderío naval, y los estadistas, diestros en los difíciles problemas de la Hacienda, la Banca y el Comercio, estudiaron con patriótico ahínco las cuestiones militares y los temas náuticos, y vemos en el Senado de Washington, en 1906, alzarse la voz del sensato político Mr. Hale, que en tonos energéticos y tras de mostrar esquemáticamente las lecciones de la entonces en acción guerra ruso-japonesa, dijo respecto á los grandes acorazados, presu-

puestos para los Estados de la Unión: «... más parecen grandes fortificaciones que buques de guerra; tan pronto como reciben un proyectil y sufren una avería, se ven imposibilitados de continuar combatiendo; otras embarcaciones pueden sufrir desperfectos, pueden ser destruidas; pero mientras se hallan á flote pueden también continuar luchando.» Y ya en los días en que el senador yankee pretendía oponerse, no ya al *jingoismo* en moda, sino al encauzamiento de las construcciones navales hacia los grandes acorazados, llevaba ya gastado aquel país cerca de ciento cincuenta millones de duros en acorazados, y á continuación del discurso de Mr. Hale, se votaron créditos para gastar, en igual fin, ocho millones más de duros.

En 1907 la marina yankee logró reunir 21 acorazados y 15 enormes cruceros acorazados.

La eventualidad de una guerra con el Japón obsesiona á los Estados Unidos, y hace poco más de tres años, el ministro de la Guerra, Monsieur Dickinson, propuso la creación de un ejército diez veces mayor, con 450.000 hombres en pie de paz y 900.000 en el de guerra; mientras que el ministro de Marina, Mr. de Lengerke-Meyer, creyendo que la defensa del país radica en la armada, opinó que era precisa la construcción de 40 *dreadnoughts*, creando dos flotas: una del Pacífico, compuesta de 20 *dreadnoughts* con menos de diez años de servicio, y otra la del Atlántico, formada por otros veinte acorazados de primer orden, con diez á veinte años de exis-

tencia. Cada año construyen los arsenales yankees dos de los cuatro acorazados que el almirantazgo solicita, y estos poderosos barcos que han asignado á la marina de los Estados Unidos el tercer lugar en las marinas mundiales, son los siguientes:

El *Oklahoma* y el *Nevada*, construidos en 1912, de 27.500 toneladas y 21 nudos de velocidad; el *Pennsylvania* y el *North Carolina*, de 1913, 31.500 toneladas y 21 nudos de velocidad. Son barcos de una sola chimenea, dos puentes, fuerte coraza; torres triples delante y detrás, y en plano superior dobles, lo mismo á proa que á popa, defendidas con cañones de 35,6. Los dos últimos acorazados tienen sus torres triples.

Además, de 21 á 22 cañones de 12,7; 18 en las baterías de babor y estribor; 2 sobre la pasarela de delante y 1 ó 2 en la popa.

El *Texas* y el *New-York*, de 27.200 toneladas, datan de 1911; sus torres son solo dobles y como las anteriores llevan 4 cañones de 47 milímetros sobre la pasarela, para salvados, y 4 tubos submarinos.

Los construidos en 1910 fueron el *Arkansas* y el *Wyoming*, de 25.083 toneladas, con pízcas axiales de 30,5, con 6 torres dobles, en el mismo plano, 2 chimeneas y 2 tubos submarinos.

El *Florida*, el *Utah*, del año anterior, los *Delaware*, *North-Dakota*, *Michigan*, *Sant-Carolina*, *Connecticut*, *Louisiana*, *Kansas*, *Vermont*, *Minnesota*, *New-Hampshire*, *Nebraska*, *New-Jersey*, *Georgia*, *Virginia*, *Rhode-Island*, *Maine*, *Misouri*, *Ohio*, *Alabama*, *Illinois*, *Wisconsin*, *Kansas*, *Kentucky* y *Iowa*, forman la poderosa flota de acorazados yankees. A estos barcos hay que añadir 15 grandes cruceros acorazados, 16 cruceros protegidos, 10 pequeños cruceros y cañoneros, 50 *destroyers*, cuatro torpederos de alta mar, 21 torpederos, 28 submarinos y 35 barcos viejos, algunos de ellos útiles todavía, pero la mayor parte sin valor militar actual.

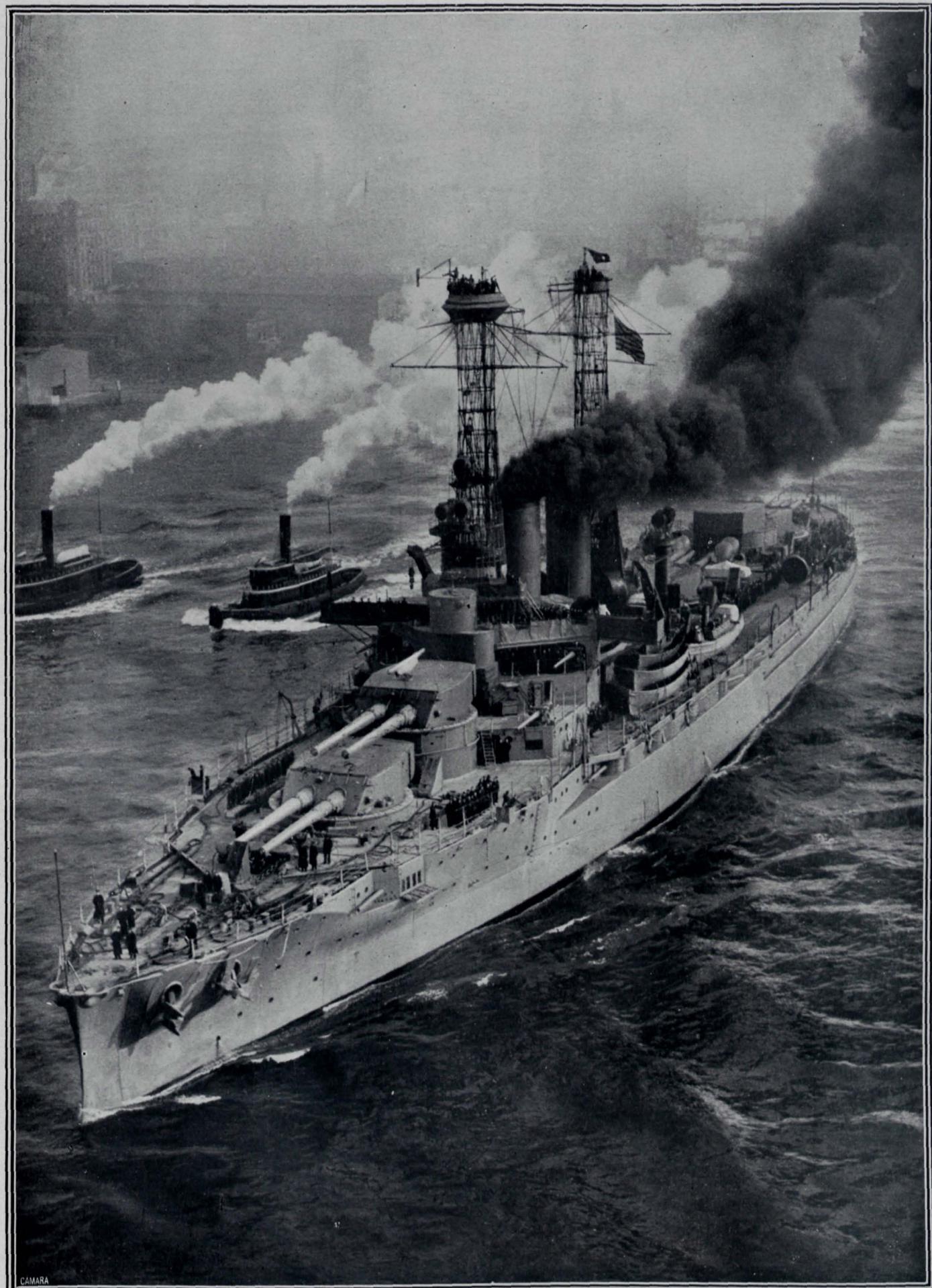
Potente marina dispuesta á apoyar el derecho y la anidición de un pueblo, que por ella y por su pujante progreso es y será temido y respetado.

NAUTILUS



Mástil donde se coloca la bandera de guerra del "Arkansas", visto desde el puente Manhattan, de Nueva York. Esta fotografía fué obtenida al paso del buque, cuando se dirigía á Panamá para tomar parte en la apertura oficial del Canal y de la Exposición de San Francisco

FOT. ESPAÑA



CÁMARA

EL ACORAZADO NORTEAMERICANO "ARKANSAS", AL SALIR DEL PUERTO DE NUEVA YORK PARA DIRIGIRSE Á PANAMÁ, DONDE TOMARÁ PARTE EN LA CELEBRACIÓN DEL ACTO OFICIAL DE LA APERTURA DEL CANAL Y DE LA EXPOSICIÓN DE SAN FRANCISCO

FOT. ESPAÑA



POR ELLAS Y PARA ELLAS

DISFRACES

Quién puede asegurar cuál es el verdadero origen del disfraz? Sin que esto sea con ánimo de remover historias olvidadas, ni siquiera de evocar el recuerdo de la calumniada Eva, creo sinceramente que ella fué la precursora del travestido. A raíz de aquel formidablenesscáculo que puso en entredicho la seriedad del Paraíso terrenal, Eva al enmascararse con una hoja de parra—breve, pero oportuna—presintió los caprichos de Mo-mo bullanguero y puso la primera piedra del palacio en que más tarde iba á danzar sus minués de locura el príncipe Carnaval. Los animales de la tierra, los del mar y los del aire manifestaron ante la innovación de la mujer de Adán, idéntica extrañeza y la misma desvergonzada alegría que siglos después ha podido observarse en los rostros de sus descendientes durante esa fiesta abominable y desgraciadamente exquisita que perece agobiada el domingo de Piñata.

De la dorada Eva á nuestros días, todo el año ha sido siempre Carnaval, según tuvo la comodidad de descubrir el señor *Figaro*, aunque solo sea oficialmente, media semana de Febrero loco.

¿Y qué son, por ventura, estas modas actuales sino disfraces más ó menos caprichosos? Nuestras muñecas *comm'il faut*, ¿no se ponen sombreros del año 60, túnicas griegas, faldellines orientales, abrigos de cosaco, zapatos Luis XV, cuellos Valois ó Médicis, crinolinas discretas y polisones tímidos? Decidme francamente si el atavío en boga de las preciosas ridículas no es un definitivo traje de máscara defendido bizarramente por sombrereras y modistas. Y á fe que nuestras bellas Celimenes no se olvidan por cierto del disfraz de la cara. Hasta diría que en este punto se va hoy más lejos que nunca,

pues jamás las mujeres se pintaron con tanto desenfado como ahora. Piden en las perfumerías polvos misteriosos que rejuvenecen y blanquean; cremas rosadas para las mejillas que resisten las caricias del marido más apasionado; carmín para la boca que la enciende como una brasa, lápices negros que prolongan las cejas hasta el infinito y sirven para fingir lunares perversos, acicate de estudiantes y cadetes; azul para inventarse unas ojeras celestiales; verde para prestar tonos sombríos de comovedora tristeza á los párpados, y con estos productos de un Maquiavelo del tocador, se preparan un rostro... vestido y recañado que á veces yo diría á una mujer: *Señorita, desnúdese usted el rostro, quíuese esa careta primorosa y le diré si verdaderamente es usted linda...*

En cuanto á las pelucas de color, creación de un cerebro enloquecido por la vigilia y el insomnio, alucinación de un pillastre embriagado, únicamente recibida con agrado por alguna que otra grulla maligna de allende al Pirineo, sólo merecen mi execración. Afortunadamente su lanzamiento fué un fracaso y sus propagandistas se han visto colocadas en el peor de los ridículos. Justo castigo á su perversidad.

Pero dejemos á un lado estas consideraciones que no aportan ninguna luz ni pueden comprometer seriamente el prestigio del Carnaval, que posee la encantadora virtud de despertar en nosotros — sobre todo en los temperamentos jóvenes — fogosidades que ocho días más tarde condena nuestra Santa Madre Iglesia, y hablemos de disfraces.

Para que un disfraz produzca un efecto fulminante, ha de reunir dos principales condiciones: primera, originalidad y segunda, que favorezca. Esto que así á primera vista



parece una afirmación muy á lo Pero Grullo necesita explicación y yo voy á darla gratuita y desinteresadamente. Hay gentes insensatas que deslumbradas por la belleza de un travestido se lo ponen intrépidas, olvidando que la lógica y el Buen Gusto deben marchar en toda ocasión amigablemente cogidos del brazo.

Una mujer alta y delgada con una frente grande, haría muy mal en colgarse una túnica griega muy ceñida, porque parecería que estaba montada al aire como los brillantes y hasta es muy posible que causara la escalofriante sensación de un fantasma. Así como una dama de reducida estatura, maciza y torneada, vestida de reina María Antonieta resultaría *malgré lui* una cosa inadmisible y antigubernamental, algo vejatorio para la salud y el ornato públicos.

En cambio, si la flaca se tramará un vaporoso mirifaque y una pamela bien caída hasta los ojos, se encontraría seductora... y de un humor de mil demonios porque no se puede bailar bien con tanta impedimenta, según tuve ocasión de comprobar recientemente. Pero ya lo dijo la taimada Ivette Gilbert: *es preciso sufrir para ser bella*, frase que ella misma aprendió de los labios de la auténtica madama Pompadour.

Esas damas otoñales y magníficas de curvas peligrosas y que se hallan á punto de perder la línea, pueden ataviarse impunemente de esposas del Cid ó de doña Juana la Loca en el período álgido de su demencia, porque según mis investigaciones particulares, al poco tiempo de fallecer el inestable D. Felipe, su augusta esposa perdió el *chic* y las buenas formas á tal extremo, que parecía una característica *haciendo de reina* viuda y amorosa. Los presentes mo-

delos de disfraces, se recomiendan por sí solos y los hay para todos los gustos. Desde la princesa altiva á la que pesca en ruin barca, pueden elegir, en la seguridad de no equivocarse.

El vestirse de Colombina es arrasgado desde que las acreditadas mestigadas se han sentido verlenianas y se van á saltar como gabachas á los bailes de máscaras en compañía de un Pierrot hortera y sentimental. Las *toilettes* orientales, difíciles de imitar y de llevar, son las más indicadas para las personas del gran mundo. Cuanto más recargadas y sumptuosas sean, más lucirán las criaturas que las adopten.

Los trajes persas son los más apropiados para los galanes que deseen abolir el socorrido Pierrot. Los niños preparados á la turca están monísimos, aunque lo más discreto es meterlos en la cama tempranito y dejarse de enmascararlos por el día. A media tarde suelen ponerse completamente indigestos y amargan la existencia de sus deudos y amigos.

Animo, lectoras. A preparar el elegante disfraz con que vais luego á *capar* en los salones de la Duquesa X ó la Generala H, y procurar ser juiciosas para que no se levante el cuello del vestido y deje al descubierto vuestro adorable pescuezo ó se desate la cinta del zapato dejando en situación equívoca la distinción de vuestro breve pie.

Y sobre todo, tened en cuenta que las damas crepusculares con pomposas gorduras estarán más en carácter dentro de los bombachos pantalones de una turca de harén y que á las gentiles—ya sabeis que «gentil» suele ser la adulación á las flacas—no les irá mal unas túnicas griegas decentitas...

Claudina REGNIER



DE LA ANTIGUA GRANADA
PASEANDO POR EL ALBAICÍN



Casa de la Cuesta del Chapiz

CÁMARA
Casa morisca de la Cuesta de la Victoria

TODAVÍA historiadores y eruditos discuten si el alegre barrio del Albaicín se llamó en sus tiempos de esplendor Rabadál-al-bayyazín (arrabal de los Halconeros) ó Albayyasiñ (arrabal de los de Baeza). Según Ibn Aljathib, y como él opinan casi todos, Rabadál-bayyazín le llamaban, lo cual significa «barrio en pendiente ó cuesta».

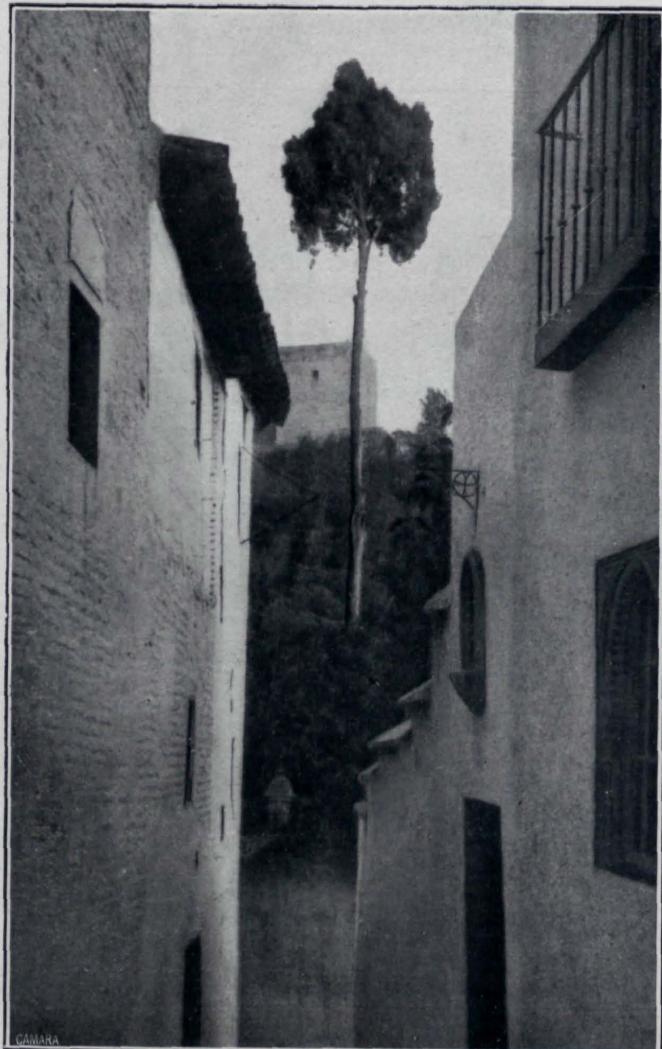
Pero este detalle, cebo de bibliófilos, no debe inquietar al forastero. Aventúrese, sin cicerone, por el moruno laberinto de callejuelas. Y aunque las moscas, el sol y el polvo le abrumen, demande á su memoria la saludable colaboración é imponga á sus nervios la provechosa calma.

¿Cómo no saborear la exquisitez de perderse por un arrabal desconocido, donde la sorpresa está destilando sus más sabrosas mieles? ¿Quién, ya que en la urbe moderna impone su vasallaje, se negó á abdicar en la vieja? La ciudad de hoy, moralmente, traza de cárcel tiene, pero conserva su jardín, que es la ciudad de ayer. En la ciudad de hoguero, espaciosa, recta, hecha para entenderse, negociamos; en la ciudad de antaño, laberíntica, hermética, conservada para soñar, olvidamos que el tiempo, según gentes prácticas, es metal, aunque no acuñado todavía...

Y como nuestra vida sigue, afortunadamente, atenta no sólo á las hinchazones necesarias del bolsillo, sino también á los latidos líricos del corazón, he aquí que explorar un barrio árabe, sin susurral de ningún Banco, nos brinde deleites á cuyo imperio no es posible substraerse.

En su interesante *Guía práctica y artística de Granada*, el señor Seco de Lucena, hablando de este barrio, reproduce el siguiente párrafo de la *Historia eclesiástica* de dicha capital andaluza, escrita por Bermúdez de Pedraza:

«El Albaicín fué población de los moros de Baeza, que desterrados

CÁMARA
Una calle típica del Albaicín

della, se ampararon desta ciudad cuando el rey don Fernando el tercero les ganó la suya el año 1227 de Cristo; llegaron á Granada y pidieron al rey les hiciese merced de sitio para poblar, y el rey se la hizo de aquella parte que, por ser población suya, llamaron Albaicín: el cual está en lo más alto de la ciudad, puesto al N., detrás de la antigua torre de Hesú-Román donde hicieron tan grande población como muestran sus ruinas: fué, en efecto, como para aposentar una ciudad.

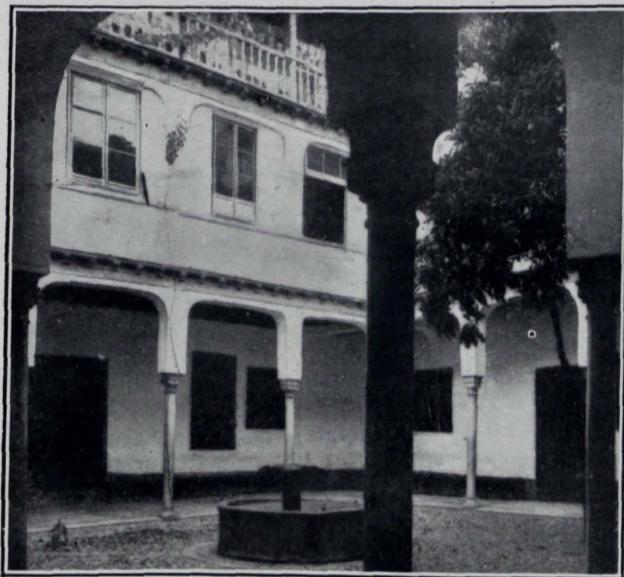
»Los moriscos antiguos afirman que tenía en su tiempo diez mil vecinos. Las casas eran de grande recreación, labradas de varias labores damasquinas, con patios y huertos hermoseados de estanques y pilones de agua corriente.

»Tenían la mezquita mayor tan sumtuosa, como hoy se ve en la iglesia parroquial del Salvador, y la gente del Albaicín era tan principal que, dicen los naturales, competían con la de la ciudad, y tan belicosos y corsarios que siempre salían á correr la tierra y robar lo que hallaban.

Y el señor Seco de Lucena, añade en otra parte de su *Guía*:

«Fué aquel barrio en tiempo de los árabes el núcleo más rico y laborioso de la ciudad, iniciándose su decadencia con la Reconquista, en cuya ocasión los vecinos más opulentos se trasladaron al África, donde aún conservan sus descendientes, como sagrada reliquia del hogar, las llaves de las casas que aquéllos vivieron.

»Al posesionarse de Granada los conquistadores, sombría nube de tristeza se extendió por el alegre y populoso barrio; extinguíronse los dulces murmullos de sus leñas y festines; se apagó el ruido de los telares y el rumor de las béticas reuniones; los palacios abandonados se hundieron lentamente, desapareciendo entre sus ruinas las doradas techumbres y los pórticos esbeltos, y en los escombros brotó la yedra y florecieron los tristes y amarillos jaramagos...»



Patio de la casa de las Pizas



Palacio de Aixa, madre de Boabdil

Blanco, alegre, embalsamado por sus cármenes, el Albaicín, actualmente es un arrabal donde viven gentes trabajadoras y humildes. Se lucha, pero sólo por la conquista —cotidiana y sin estridencias— del pan.

Enclavado en las últimas vertientes del cerro de San Miguel, su situación topográfica no pude ofrecer perspectivas más pintorescas.

De su pasado esplendoroso conserva aún templos mudéjares con torres esbeltas; patios que abren sus arcos elegantes, bajo el verde de palio de la parra; brocales de pozo que la fantasía oriental labró como encaje; ajimeces y artesonados, puertas y murallas almenadas, *tinajas* (pozos de agua corriente) y algibes llenos de la linfa fresquísima que desde Sierra Nevada, liberal y cantarina, baja a raudales.

Nada hay triste bajo este cielo granadino, privilegiadamente azul. Todo es amor a la vida, fuerza, brío, hermosura.

Los cármenes que a cada paso encuentra el viajero, son rincones amenisísimos, donde morir de pena constituiría un punible atentado a la Naturaleza. El color y el aroma de las flores alcanzan una intensidad que sólo en Oriente puede comprenderse. En las macetas y tiestos, alineados sobre arrailes, los claveles, los geráneos, las gayombas, los alhelíes, las azucenas tienen tonos de combustión; pétalos hay que son llamas.

Y desde la terraza del elevado jardín, el panorama es único. A un lado, los cerros cubiertos de nopalas y piteñas; enfrente, sobre las cimas de los cipreses, álamos y olmos, las rojas torres de la Alhambra, al pie de la cual el Darro sigue cantando con aquella voz melodiosa que embelesara a Yusuf, a Mohamed, a Muley Hacén, a Boabdil, a Zoraida, a Kamar y a Aixa; al fondo, la feracísima vega, sabiamente irrigada antaño por los árabes, con sus alamedas, sus alquerías albas, sus pinceladas violeta, gris, azul y ocre, envuelta toda ella en los mágicos tulles de la distancia.

¡El agua, el árbol! Ambos fueron los amados de aquellos hombres agricultores que, antes de que finalizase el reinado de los Nazaritas, dieron a Granada, con los industriosos genoveses, judíos y castellanos, días de prosperidad maravillosa.

Varios preceptos del Corán explican el origen de los actuales cármenes, que con tanto amor y gusto cuidan

las gentiles granadinas. Dice el código religioso de los musulmanes:

«Todo el que plante ó siembre alguna cosa y con el fruto de su simiente proporcione sustento al hombre, al ave ó a la fieras, realizará una acción tan recomendable como la limosna.

»Todo el que construya edificios ó plante árboles sin oprimir á nadie ni faltar á la justicia, recibirá crecida recompensa del Criador Misericordioso.

»Cuida con atención y esmero tu pequeña posesión, para que se haga grande, y no la tengas ociosa cuando grande, para que no se haga pequeña.»

«Cómo no explicarse ahora la hermosura de estas huertas, donde el agua que circula en las albercas y salta en los surtidores, bajo el cielo azul, halla en la adelfa humilde en la majestuosa magnolia una colaboración que es paz en el espíritu y armonía en la tarde? ***

Las calles del Albaicín, empedradas, tienen luminosa volubilidad de risas.

En los balcones, flores; tras los bardales, nisperos, granados, higueras, naranjos y cipreses; al fondo, imponiendo su gallardía, un pino; en la calle mujeres morenas, con claveles en el pelo, y fiebre en los ojos, y voluptuoso ritmo en

el andar. Atónito queda el viajero que, antes de visitar esta adorable tierra, se embriagó, porque la misma *Guía* aventaba ráfagas de jazmines...

Ha entrado resueltamente en muchas casas, para admirar, tras la cancela, un patio, ó curiosear cierto moruno camarín, convertido en cuadra, en leñera, en telar; ha comprobado que el ciprés, en Granada es Italia, como aquí, es un árbol paganaamente decorativo; ha notado, en fin, que los árabes imprimieron al Albaicín una fisonomía ni por el Cristianismo ni por la piqueta afeada.

Hasta la voz doliente de las ruinas suena, todavía, á fiesta; los ojos, que tras la reja florida acechan, brillan con la lumbre que incendiaba de amor los ajimeces; y la evocación, con toda su plasticidad, surge á cada momento, propicia y fácil...

Pero se va haciendo de noche. El viajero acaba de salir de la casa del Chapiz, ó se detiene en la cruz de la Rauda, ó llegó á un carmen de la Puerta de Monaita.

Tanto monta que sea arqueólogo como que haga incursiones por el bosque, lleno de laureles y sauces, de la Historia; que pinte lo que ve, ó no posea más títulos ni patrimonio que su sensibilidad.

La penumbra naciente empieza á envolverle. Resplandecen los bermejos torreones de la Alhambra; de plata son las cimas de Sierra Nevada; el aire perfumado, arranca á los árboles rumores dulcísimos. Alguien canta una copla, ó por las empinadas callejuelas, trisan con regocijo de campanillas los rebanaños de cabras. En tanto, las «torres» de las casas del Albaicín se tiñen de rosa: con inmovilidad señoril se recorta la punta del ciprés; copas frágiles, llenas de música de ruiseñores, parecen los pinos. Y el viajero, desde la eminencia donde se halla, mira embelesado el paisaje. Llámase á Granada la «ciudad de los crepúsculos», y así es. En contados rincones del globo se asocian con tanta fortuna la Naturaleza y el hombre. El sol de la tarde, como el de la mañana, la hacen única, inolvidable. Antes que recordar las estrofas de su poeta Zorrilla, se comprende el llanto de su rey Boabdil, que la leyenda le atribuye. Suspirar recordando el bien perdido, no fué nunca blandura femenil. La lágrima ardiente, gruesa, silenciosa, es, también, virilidad.

E. RAMÍREZ ANGEL



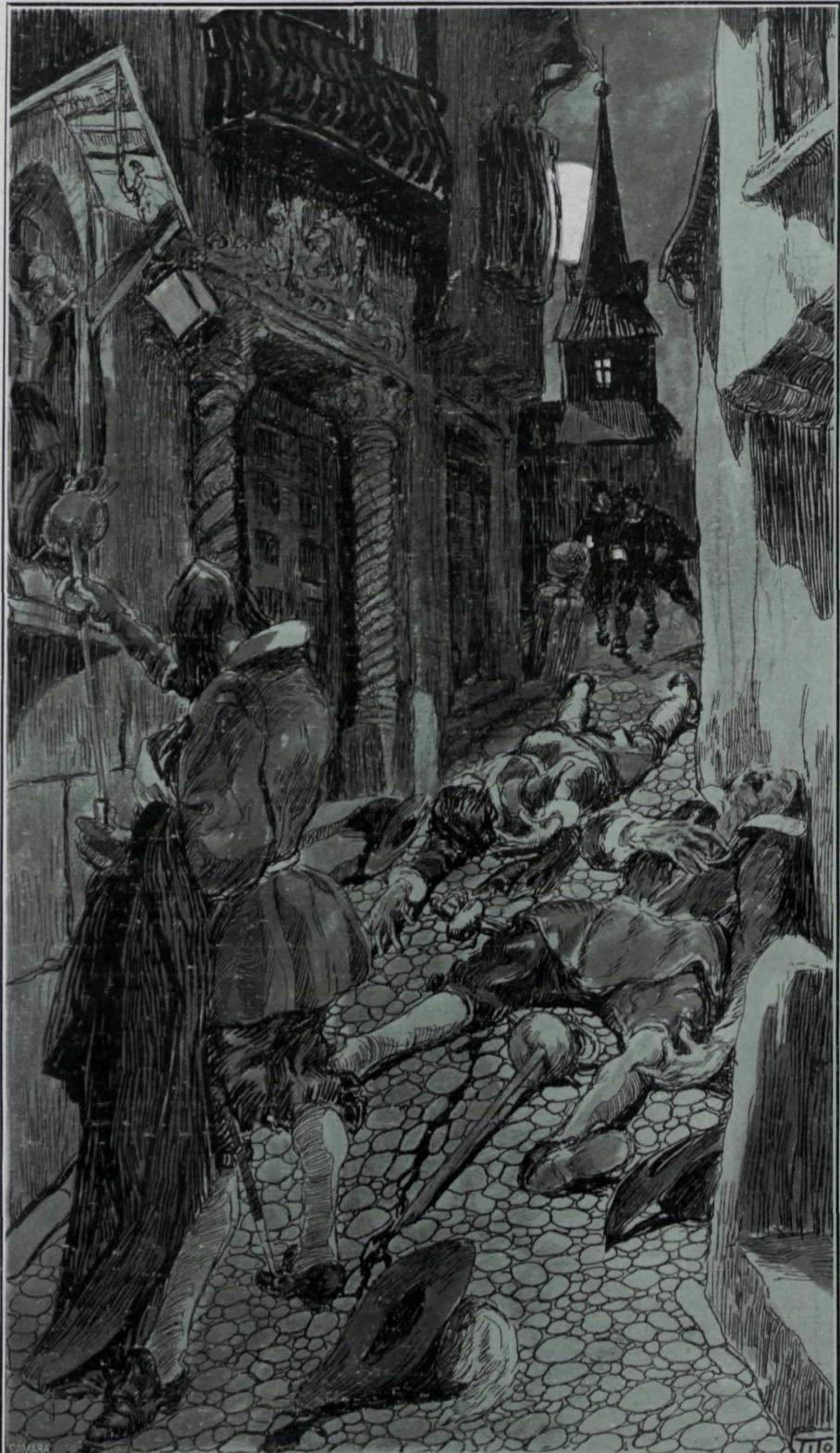
Carmen de San Cayetano, en el Albaicín

FOT. DE MARTÍNEZ RIBÓ

EL CRISTO DEL HUMILLADERO

¡Sutilísimo cabello de Minerva, con que engarzan las Musas, perlas de ideas y aljófares de palabras! ¡Cintillo con que el idioma fastuoso se engalana luciendo sobre el tabardo la púrpura de tu capa! ¡Rey Romance! ¡Voz de gesta! ¡Guardajoyas de esmeralda donde custodia Castilla sus leyendas y sus armas! ¡Pluma que en azul de gloria sutil y donosa, traza celos, rencillas y amores de Aliatares y Zoraides! ¡Buril que trocó el granito en hoja dócil y blanda para dejarnos en códices de Ruy Díaz las hazañas! ¡Lengua de pícaros! ¡Verbo que dió a Góngora elegancia y a Calderón la hidalguía, y a Quevedo el epígrama! ¡Romance que me embelesas, feliz si mi pluma narra con tu sencillez sublime lo que pretenden mis ansias!

Érase una bella noche; luna pletórica; diáfana la atmósfera que envolvía la calleja solitaria sobre el alto humilladero, vagamente destacaba el perfil de su suplicio, un Nazareno, y veladas y a modo de rotas frases de fervorosa plegaria, ofase el insistente rumor de amorosa charla. —Ved allí, la reja oculta cual la mostrará mañana el cicerone—A sus hierros se ve una sombra pegada y más lejos, seco, erguido, medroso como un fantasma, al lacayo que vigila en espera muda y larga. Muy arriesgado es el lance, que al fin y al cabo, se trata no de lícitos amores sino de los de socapa. Mujer casada es la bella, osado el galán; taimadas sus pretensiones, valiente el lacayo que los guarda y más noble y valeroso el hidalgo a quien engañan, el galán y su lacayo, y la ocasión y la dama. Vive en Flandes; anda en guerras, goza el favor de los Austrias y quién por su honor suspira con semejantes privanzas? De pronto llega en sigilo jaguar de pluma y de capa que a lo largo de la sombra del alero se recata. Se estremecen las vidrieras al chocar sobresaltadas; y a un ¡ay! femenil de angustia grito de miedo y alarma rasgando sobre el acero sus relámpagos de plata, y azotándose con rayos, se cruzaron las espadas. En pie queda el ofendido. Milagro que tal quedara, que al que su razón sostiene no le sostiene la ingrata. Jadeando fué hacia el Cristo, y antes de envainar el arma, así dijo con voz ronca, que era el rezó de la rabia: «¡Ya que al reflejo que anima tu figura sacrosanta, herí al corazón malvado que un corazón me robaba, fervientemente lo pido. ¡Señor! completa tu gracia; cirio sea de aquel cuerpo, que así su honor olvidaba!»



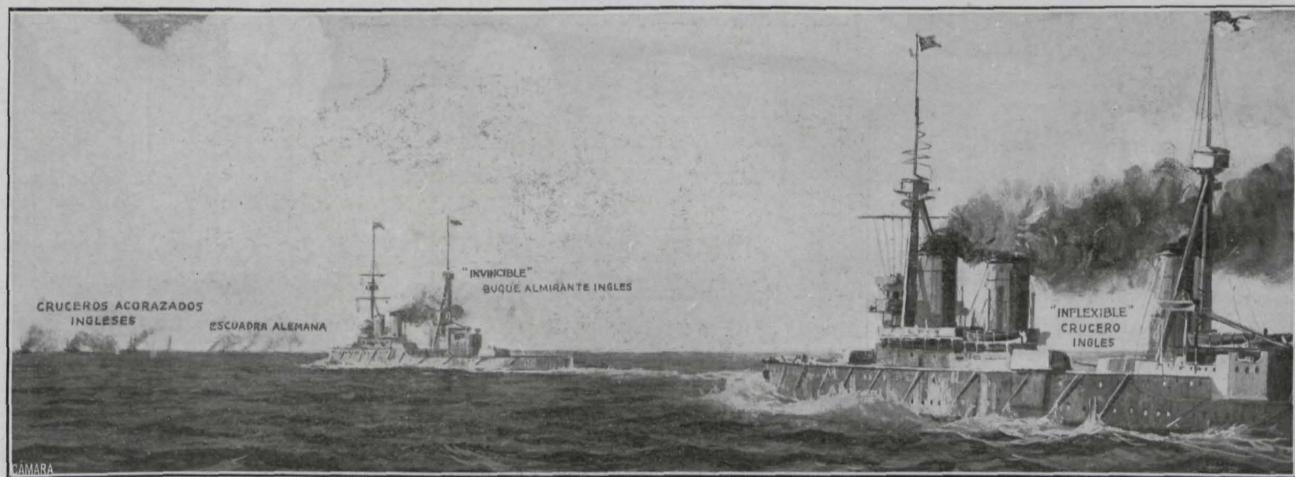
Velóse un punto la luna y en los vidrios alargadas viéronse amarillas lenguas, cuatro luces funerarias, y cuando pisó el hidalgo los dinteles de su casa, vió, más frío que las losas el cadáver de la dama. Llegóse en esto la ronda

perdió el rumbo; dió en la ristra, y quedó su asombro vivo, que era difícil la caza, y contra neblinas, tienen gavilanes las espadas.

LEOPOLDO LOPEZ DE SAA

DIBUJO DE TITO

EL COMBATE NAVAL DE LAS ISLAS MALVINAS



Momento dramático de aparecer el grueso de la escuadra inglesa en la región del combate

INGLATERRA fué, desde tiempo inmemorial, reina y señora de los mares. Con exquisito celo cuidó la supremacía de sus escuadras y contra el poder de sus barcos se estrelló la acción dominadora de Felipe II y el mundial caudillaje napoleónico.

El dominio de los mares aseguró el de los continentes, tanto en paz como en guerra, y quién sabe si la disputa de ese predominio ha precipitado esta guerra enorme y sangrienta.

Con el apoyo de sus gigantescos acorazados impulsó Albión su voluntad de hierro, y cuando frente a sí halló otro carácter dominador, sobrevino el choque inevitable y funesto.

Si la paz se hizo duradera por la perenne amenaza de los monstruos navales, la lucha actual tuvo por origen un momento de equilibrio problemático en las potencias marítimas de dos pueblos grandes y ambiciosos.

Los marinos germanos son audaces hasta el sacrificio, son abnegados hasta la muerte; cuando comenzó esta cruenta lucha mundial, muchos barcos de guerra teutones estaban á millares de leguas de los puertos alemanes del continente, y lejos de ocultarse ante el temor del británico poderío, ó aisladamente ejercitaron el corso, interponiéndose en las derrotas comerciales de los grandes transatlánticos ingleses ó se agruparon en escuadrilla aventurera dispuestos á hundirse en las aguas del Océano, trazas causar al contrario provechoso daño.

Uno de estos grupos de barcos, los que navegaban por el Pacífico, se reunieron en las costas chilenas y el día 1.º de Noviembre batieron con éxito innegable á los cruceros ingleses *Good Hope* y *Monmouth*.

Encargó el almirantazgo británico la lejana misión de aniquilar la escuadra de Von Spee al almirante Sturdee, táctico muy reputado, cuyo nombre no figuraba al declararse la guerra entre los que ejercían mandos á flote.

La escuadra inglesa llegó el 7 de Diciembre á Port Stanley, principal ciudad de las islas Falkland; la componían dos cruceros *dreadnoughts*, el *Invincible* y el *Inflexible*, de 17.250

toneladas y 27 millas de velocidad, armados con ocho piezas de 30,5 centímetros. Estos buques poseen el mismo poder ofensivo y defensivo que nuestro acorazado *España*, aunque su mayor desplazamiento los permite desarrollar un andar muy superior. Formaban también parte de la escuadra de Sturdee los cruceros *Kent* y *Cornwall*, de 9.000 toneladas y 22 millas, semejantes al destruido *Monmouth* y armados como él, solamente con artillería de 15 centímetros; el *Carna-*

para vigilar el mar mientras el resto de la escuadra carbonaba.

El almirante Von Spee, que intentaba tomar las islas, se situó delante del puerto y no viendo más que al *Canopus* avanzó para atacarle. A la cabeza de la escuadra alemana marchaba el crucero *Scharnhorst*. La escuadra inglesa salió del puerto al oír el fuego del *Canopus*. El combate se generalizó, concentrando los buques ingleses su fuego sobre el barco almirante de los germanos. Antes de una hora el *Scharnhorst* comenzó á hundirse. Humanitariamente el *Canopus* remitió su fuego e hizo señales de que enviaría algunas canoas para salvar la tripulación del barco enemigo, pero éste contestó con una última descarga de sus cañones. A los pocos instantes el barco desapareció bajo las aguas.

Por dos horas sufrió el *Güisenau*, tratando de huir, el fuego concentrado de los ingleses y también se hundió sin rendirse, cantando la tripulación, desde el puente, en tan trágico momento, el patriótico himno germano.

El *Leipzig*, el *Nürnberg* y dos barcos carboneros prefirieron hundirse á entregarse á sus contrarios; el *Dresden* y el *Prinz-Eitel*, escaparon con averías del lugar del siniestro.

El *Güisenau* y el *Scharnhorst* eran dos cruceros gemelos, botados en 1906, con desplazamiento de 11.500 toneladas, 24 millas de velocidad y armados con ocho piezas de 21 centímetros, seis de 15 y veinte de 8,8.

El *Leipzig* era más antiguo y pequeño. Entró en el servicio en 1904, desplazaba 5.200 toneladas y llevaba diez cañones de 10,5.

La escuadra alemana del almirante Von Spee, como en sus notas la inglesa del almirante Crodock, al sucumbir sin rendirse ante el empuje de fuerzas muy superiores, escribió en los anales de los marinos beligerantes páginas de gloria que serán orgullo legítimo de los pueblos que en forma tal saben cultivar el patriotismo de sus defensores.

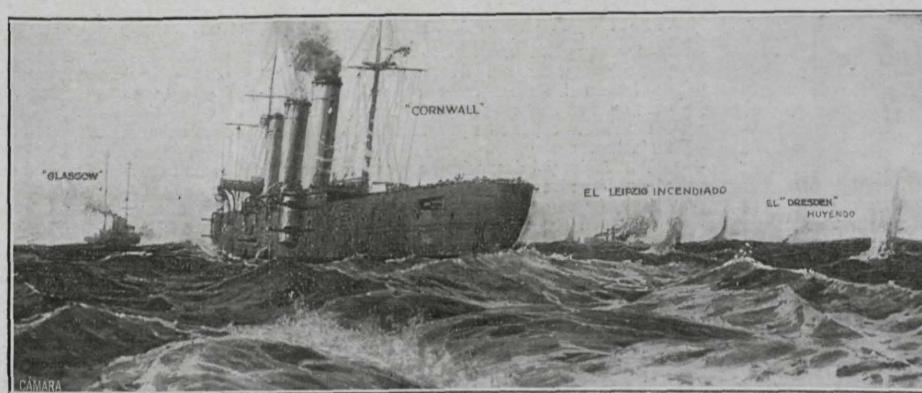


Duelo de artillería entre el crucero acorazado inglés 'Kent' y el crucero alemán 'Nürnberg'

vo, de 10.800 toneladas y 22 millas, de poder ofensivo muy deficiente, y el pequeño *Bristol*, armado con dos piezas de 15 y diez de 10 centímetros.

A estos barcos se agruparon el viejo *Canopus* que se hallaba en aguas argentinas y no pudo incorporarse á la escuadra de Cradock porque los alemanes con sus aparatos de telegrafía sin hilos periturbaban los despachos ingleses hasta hacerlos ininteligibles, y el *Glasgow* que reparó en Río Janeiro las averías sufridas en el combate de Coronel.

El crucero *Canopus* quedó fuera de abrigo



Combate entre el crucero alemán 'Leipzig' y los cruceros ingleses 'Glasgow' y 'Cornwall'

CAPITÁN FONTIBRE

PROVINCIANOS ILUSTRES - JOSÉ BARRANCO

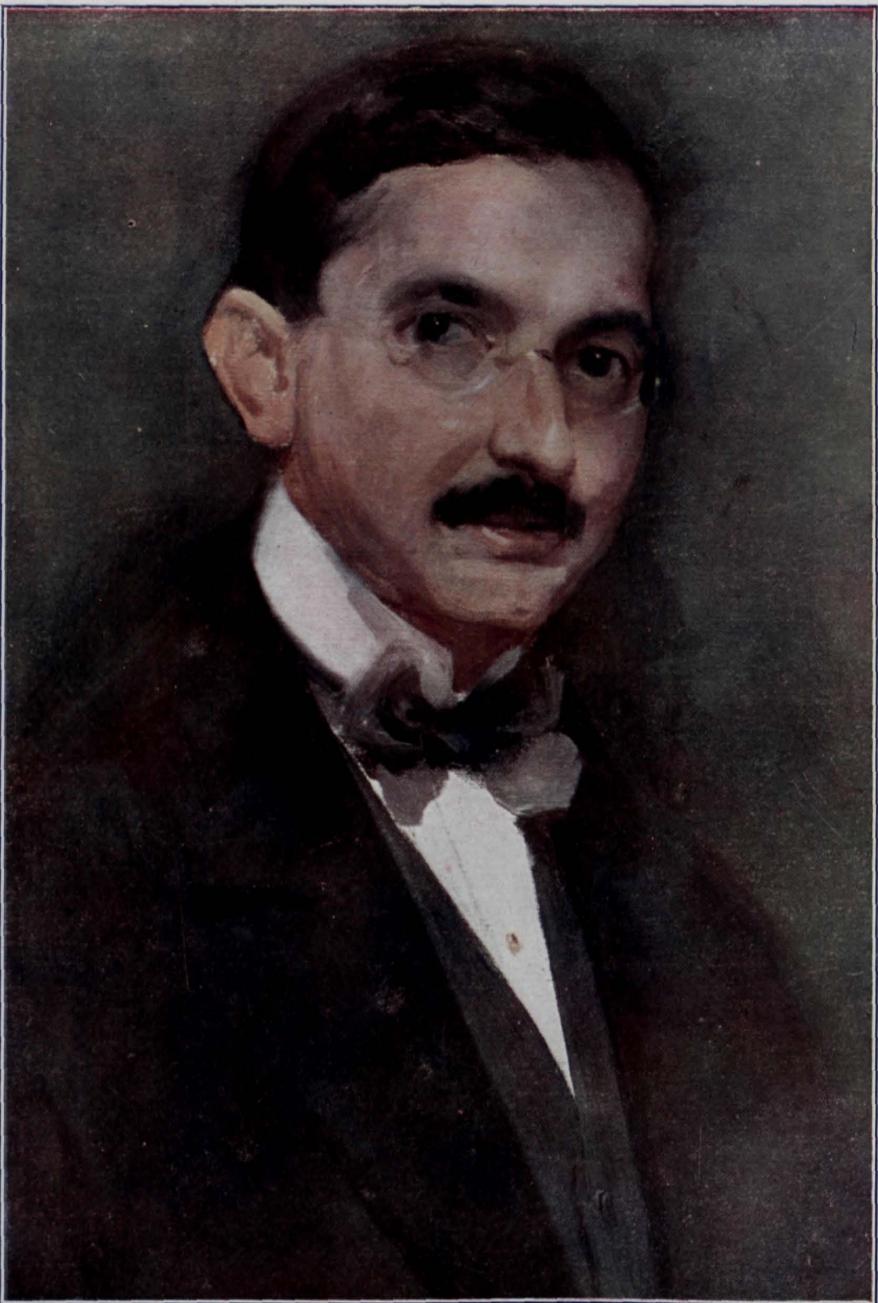
ESTE que veís aquí, carirredondo y sonrosado, que os mira fijamente tras de sus antipátrias de mope, es don José Barranco Borch. ¿No os suena el nombre? Bien. No os suena el nombre porque Pepe Barranco es una gloria provincial, un hombre que lo es todo en el rincón de su terruño, pero a quien fuera de él, nadie conoce. Pepe Barranco—le llama así, famíamente, todo Málaga, a pesar de su edad, que no se adecua por completo al aspecto de mozo de que disfruta—es profesor de música, un profesor de música, tal vez, como otros muchos profesores que habrá en España, dedicados a enseñar a los niños la manera más hábil, más artística, acaso, de golpear las teclas en los vetustos clavícordios.

Veinte años hace ya que es el hombre de moda. La aristocracia malagueña le ha ido entregando, en esos cuatro lustros, toda su descendencia, para que sea él el que la inicie en los secretos del pentagrama. Y hoy, como ayer, Pepe Barranco pasa horas y horas, días y días, años y años, sin cansarse, sujetó al duro banco de la galera musical. Y vienen a él, como en bandadas, todos los niños ricos del Limonar, de la Caleta, de los suburbios florecientes, de la Alameda aristocrática. Llegan las niñas blancas, de ojos azules y de rizada cabellera, y una tarde y otra tarde, pasan la infancia ante el piano. Y el maestro las guía, risueño, atento, paternal. Y se hacen mujercitas, y se alzan el cabello, y se visten de largo y tienen novio. Y un buen día, Barranco, recibe una tarjeta perfumada en la que su discípula le invita a que asista a la fiesta de su boda. Y él se viste de frac y va a la iglesia y concurre, sonriente, a la sagrada ceremonia. Y luego, la despidió cuando, del brazo de su esposo, Loló, Mariquita, Concha, Rosario, la que sea, parte al viaje de ensueño. Y el maestro contempla, emocionado, al arrancar el tren, la manita enguantada, los labios rojos de cereza que le dicen adiós!

Pasan los años sin sentir. Y él sigue abstracto, en su tarea de despertar en los espíritus ansiadas divinas de ideal. Una tarde, el maestro recibe la visita de Rosario. La rueda de la vida ha girado seis veces, ocho veces, diez veces, en torno de ella y de él. Y Rosario, que sabe, que, gracias al artista ella hizo, de soltera, gentil papel en sociedad, y que halló, de casada, ante el piano, grato consuelo a sus pesares, trae a su hija de la mano para que el maestro la alegre en los encantos del sonido. Y en tanto que la niña, un poco cohibida, contempla atentamente el mobiliario aristocrático que orna el salón de don José, éste, maquinalmente, la acaricia, mientras conversa con mamá. Dialogan melancólicos, resucitando los recuerdos de la pasada juventud.—¿Se acuerda usted, Barranco, cuando iba a casa, por las noches, a darme la lección? —¡Ya lo creo, Rosario! Era usted entonces casi, casi como esta nena, tan bonita... —Y el maestro, de repente se abstrae unos segundos. Luego, prosigue airosoamente:—¡Como esta nena tan bonita, que mañana será como su madre! ¡Porque hay que ver cómo está usted! —¡Ah, pues usted, Barranco, está lo mismo; no ha cambiado! Yo le recuerdo como entonces.

Se van. Hasta mañana... Y él, al quedarse solo, se recoge un momento. Piensa en Rosario y en su hija; en que, tal vez la niña, que es tan bonita, tan bonita, crecerá ante sus ojos y de chicuela revoltosa se hará razonadora mujercita y se subirá el pelo y vestirá de largo y tendrá novio. Y otro día, el maestro, cuando ya no se sienta ni tan jovial ni tan gentil, recibirá la tarjeta de rigor, en que le anuncia que se casa...

Pero, Pepe Barranco, no es sólo un maestro de piano. Pepe Barranco, a quien vereis siempre incesante y siempre aprisa, discurrir por las verdes avenidas del Limonar aristocrático o entrar en los hogares señoriles de la calle de Larios, es algo más que un pedagogo filarmónico. Pepe Barranco es, más que nada, un cruzado del Arte. Merced a él, a su entusiasmo, a su ardiente generoso, a su desinterés, Málaga oye a Beethoven y a Wagner y a Mozart; merced a él, la Filarmónica ha realizado algunos años brillantes campañas musicales y por su sala de conciertos han desfilado egipcios virtuosos del clavecín y del piano, del violín y el violonchelo. Es él quien reúne, un año y otro, a un cónclave de amigos y les pronuncia un discurso entre patético y jocoso y les convence de que deben tirar algunos cientos de pesetas—á veces, miles



JOSÉ BARRANCO

Eminente pianista malagueño, uno de los hombres más prestigiosos de su tierra
(Retrato al óleo, pintado por Enrique Jaraba)

¡ay de mí!—para que la grandiosa *Orquesta Sinfónica* española nos regale el espíritu con la emoción suprasensible de su acordada maestría; es él, solo él, Pepe Barranco, la voluntad inteligente que se desvela porque Málaga tenga entre las ciudades españolas puesto de honor y de entusiasmo.

Y además, y a despecho de ser un maestro de piano, Pepe Barranco es un ilustre, un formidable pianista. Fué en sus tiempos de estudio, el favorito de Tragó. Y hoy, como su maestro, ha formado su escuela de la que surgen triunfadores algunos jóvenes discípulos. Ese es el músico. El hombre es otra cosa, bien diferente del artista.

Lector, si te interesas por esas vidas provincianas, que no asoman apenas a las tertulias de Madrid, de las que nunca saben los periódicos que, en calidad de vecinos, encumbran a diario tantas famosas medianías, fíjate un poco en este hombre, que ha retratado fielmente el pincel

diestro y cálido del insigne Jaraba. Fíjate bien en esos ojos que te miran tras los claros cristales sin montura, en esa nariz algo torcida hacia la izquierda, en esa boca sensual de labios gruesos y encendidos, en ese bigote que fué hace veinte años mostachuelo rizado, en la expresión burlona, algo infantil, con que os sonríe... Son los de un hombre original a quien, alguna vez, puede de que veas hacer la apología de don Antonio Maura, cuyo retrato lleva en el bolsillo con religiosa adoración, ó aplaudir a Belmonte, una tarde de oro en que el enorme trianero se esté jugando la existencia entre los cuernos de un Miura, ó una noche de esto, piropeando a una niña que sea muy delgada, que apenas tenga curvas de puro flaca y lisa, pero que al andar, ande con elegancia señoril...

Pero, no seamos indiscretos...

S. GONZÁLEZ ANAYA

Málaga, Febrero 1915.

PÁGINAS ARTÍSTICAS



CÁMARA

SALIDA DEL PUERTO

Quadro de Ricardo Verdugo Landi



LAS TROPAS FRANCESAS ATACANDO AL ENEMIGO, PARAPETADO EN UN HORNO DE CAL
EPISODIO DE LA BATALLA DE CHAMPIGNY

Cuadro de Neuville



LO QUE FUÉ EL HIPÓDROMO

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

Los disgustos, los enconos, las severas y aun encarnizadas censuras que produjo allá en 1878 la construcción del Hipódromo, que es ahora, para Madrid, barrera obstructora de una de las más provechosas expansiones de la población! Por entonces concluía la Castellana en el obelisco, alzado donde hoy ostentase el monumento á Castelar. Después del obelisco—alrededor del que apenas si se iniciaba la urbanización—sólo existían tierras de cultivo, con rasante mucho más elevada que la del paseo.

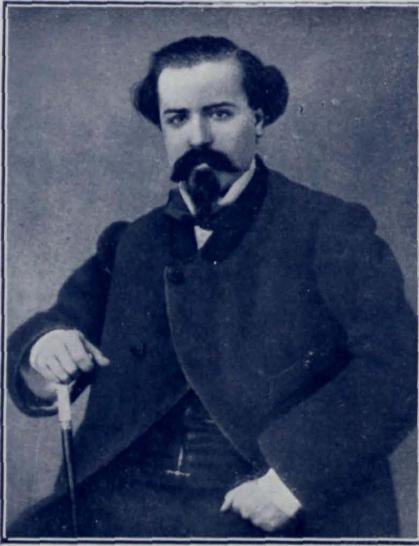
Para los festejos, por el enlace de don Alfonso XII con la Infanta doña Mercedes, se pensó en que hubiese carreras de caballos y no en la Casa de Campo, como antaño, sino en un Hipódromo nuevo, construido á expensas del erario público. El Ministerio de Fomento, á la sazón gobernado por el Conde de Toreno, puso manos en la obra, y sus gestiones provocaron una crítica mordaz, violenta, en la que alternaban las razones con diatribas y á veces con insultos.

Por de contado que estimóse excesivo el coste de aquellos campos que podían adquirirse por fanegas á precios modestos. ¡Estaban tan lejos de Madrid! Apenas si á ellos llegaba el rumor de la ciudad, que concluía en la actual plaza de Colón. ¡Y pensar que en unos cuantos lustros lo que entonces parecía desierto es ahora estorbo para la expansión del caserío, detenido en su avance soberbio hacia las tierras de Chamartín! Todavía hay censores apasionados que califican á la Corte de España como pueblo muerto, inmóvil, incapaz de progreso.

Al Gobierno de entonces, como á otros muchos, se le dió una higa de cuanto dijeron los papeles públicos y de cuanto echaron por sus bocas los contradictores del proyecto. El Hipódromo se hizo á la carrera, como correspondía á su destino. Trabajando noche y día se realizaron los desmontes, en los que por cierto encontraron la muerte y sufrieron heridas algunos de los obreros encargados de las faenas.

En mi periódico hube de manifestar, hablando de este asunto, que me parecía un disparate construir el Hipódromo, porque los terrenos que ocupaba tendrían mejor empleo destinándolos á estación de la línea férrea del Norte, ya que la entrada de los viajeros y las mercancías debiera verificarse, no por la empinada cuesta de San Vicente, sino por el lado de la Castellana, lugar más cómodo, más bello y menos costoso. Cuando propuse á mi director escribir unas cuartillas con tal tema, me mandó á paseo, pero no hizo bien, porque la urbanización ha llegado hasta el Hipódromo, convirtiendo en buena y hermosa parte de la ciudad, los que eran antes campos solitarios, y la estación del Norte continua en la hondonada de la Florida, como las otras dos importantes siguen en las hondonadas de Atocha y de las Delicias, para que el acceso á Madrid no sea como en todos los pueblos importantes del mundo, fácil para los que viajan y barato para quienes comienzan...

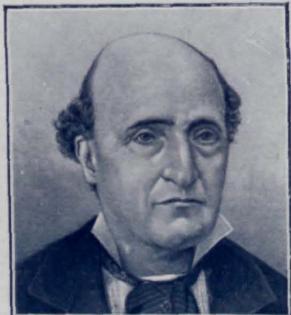
El Hipódromo de la Castellana no llegó á inaugurararse en las fiestas reales de 1878. Los trabajos no se terminaron oportunamente y además los vientos, lluvias y heladas de aquellos crudos días de Enero, echaron á perder todo lo edificado. Se derrumbaron varias tribunas, las pinturas y lienzos destruyéronse y no pudo haber carreras de caballos, como deseaban el Gobierno y las personalidades interesadas en la infeliz ocurrencia de construir el Hipódromo, obra que en su larga historia no ha valido para maldita de



ADELARDO LÓPEZ DE AYALA
Insigne poeta

Dios la cosa, salvo ahora que sirve de esboro. Las carreras de caballos se verificaron al fin en Febrero, quince días después de haberse celebrado la regia boda y Madrid entero—exceptuando contadas personas—censuró la inversión de millones en lo que se destinaba al fomento de la Cría Caballar. ¡Buen partido sacaron de ello los políticos, un tanto revueltos por tales días! Pero en fin, poco á poco se fué olvidando lo del Hipódromo sin que—justo es decirlo—variese nunca la actitud del gran público, en toda ocasión desdoso, ó por lo menos frío, para las fiestas hípicas.

El revuelo político de que he hablado también, se apaciguó cuando Posadas Herrera abandonando la Presidencia del Congreso, fuese á encerrarse en Llanes. El insigne Cánovas resuelto, una vez más, á prescindir de los elementos reaccionarios, eligió para que ocupase el alto sitial de la Cámara de diputados, á don Adelardo López de Ayala, el fínclito poeta, fildido con motivo de evocar á toda hora su origen netamente revolucionario. Cuando Ayala se hizo cargo de la Presidencia del Congreso, sabíase, de muy buena tinta, que tenía en cartera una comedia, destinada al Español. Todo el mundo supuso que el hombre público anularía al literato; que la obra inédita no perdería ya su condición de tal, porque, ¿cómo someterse al juicio público en un teatro quien, por su categoría, suscitaba pasiones capaces de ser aprovechadas por los combatientes de la política?... De la equivocación sufrida por todo el mundo, algo se dirá en estas crónicas cuando llegue el momento, muy próximo, de referir el estreno de la comedia *Consuelo*.



JOSÉ VALERO
Notables actores, primeras figuras del teatro español, durante el último tercio del siglo pasado



JUAN JOSÉ LUJÁN
Notables actores, primeras figuras del teatro español, durante el último tercio del siglo pasado



JOSÉ VALLÉS
Notables actores, primeras figuras del teatro español, durante el último tercio del siglo pasado

Baste apuntar ahora—refiriendo los hechos más culminantes del principio del año 78—que los teatros estuvieron animadísimos. Gayarre seguía victorioso y los muchachos del paraíso gozábamos lo indecible, no sólo por la magnificencia de los actos de ópera, donde extasiaba al auditorio el tenor inolvidable, sino por lo sabroso de los entreactos donde tratabábamos con toda familiaridad á varias muchachas, que hoy obesas y envejecidas nos cuentan, sin palabras, cuán rápidamente pasan los esplendores juveniles. En Variedades, el simpático teatrito de la calle de la Magdalena, no cesaban los llenos con motivo de la representación de *Los baños del Manzanares*. Sainete como aquel de Vega, tan justo, tan natural, tan gracioso, tan á lo vivo, pocas veces se dió, y sólo cuando lo dió el mismo autor, pues de otros no ha podido darse nunca. No hubo madrileño que no viese, por lo menos, un par de veces, *Los baños del Manzanares*. El sacrificio no era costoso. Un real la butaca y sus seis realazos los palcos. El gusto era inmenso, porque siendo la obra una joya, la ejecución no le iba en zaga. ¡Aquella Juana Espejo, vivaracha, pízpresa, sugestiva; aquella Rodríguez; aquellos Luján, Vallés y todos los demás artistas de Variedades, muy inferiores á los actuales en la cuantía de sus respectivos sueldos, y acaso algo mejores que los presentes en el modo de caracterizar los típos! Pero dejemos los lamentos, no vaya á decir cualquiera, nada conforme con mis apreciaciones, que ellas nacen de las manfas engendradas por la vejez, no de la rectitud de los juicios.

Lo que no he de callar es el mal efecto que me produjo ver á don José Valero, al gran Valero, en Novedades, alternando con números propios de los círculos ecuestres. En el teatro de la plaza de la Cebada, se exhibían Cascabel, que era como un precursor de Fréjoli, y la popularísima Miss Leona, que puso en ebullición la sangre de las tres cuartas partes de los madrileños, ruborcundos de puro excitados, cuando contemplaban las fastuosas y ebúrneas formas de la gimnasta.

En otra función, pero en la misma fecha, obsequiaba al público la empresa de Novedades con representaciones dramáticas encomendadas á Valero y su compañía. El insigne comediante empezaba á declinar, pero aún era digno de admiración en *El patriarca del Turia*, *Luis Onceño* y *La carcajada*. Así los que por la tarde aclamaban á Miss Leona, por la noche y desde la misma butaca, batían palmas en honor del veterano ariista, que harto de rodar por el mundo, por apremios de la mala suerte, ganábáse el pan cotidiano dando vida á melodramas patéticos, como *La aldea de San Lorenzo*.

El que por aquel tiempo se buscó el sustento con peligro de sucumbir, fué un titulado Capitán Boyton, que lanzándose al Tajo, navegó sobre sus ondas desde Aranjuez hasta la desembocadura del río, si es que las referencias no se alimentaron con mentiras. Lo verdadero fué, porque todos lo vimos, que Boyton, en el lago de la Casa de Campo, se mantuvo en la superficie mucho tiempo, sin hacer otra cosa que embutirse en un aparato flotante que le permitía ser un barco-hombre. Cosa que en realidad apenas chocó en Madrid, pues como dijo un caracterizado romerista, muy conocido en su época: ¿Qué hacía Boyton? ¿Flotar y dejarse ir con la corriente? ¡Pues si eso lo sabe cualquier cacique de nuestra saludadísima tierra! Y era entonces verdad, como lo es ahora, y como ha de serlo, por los siglos de los siglos.

Por la transcripción,
J. FRANCOS RODRÍGUEZ

LOS MAESTROS DEL ARTE



DESCONOCIDA

Cuadro de Leonardo de Vinci, que se conserva en el Museo Pitti, de Florencia

DE NORTE A SUR

La ranchera

Otra vez la guerra. Y esta vez en una nota simpática. Una dama belga reparte el rancho condimentado en sus cocinas á un regimiento nacional que atraviesa la ciudad.

En esta guerra las mujeres han cumplido su misión de un modo dulce y consolador. Desde las damas blancas con la cruz roja sobre la frente, á las *nurses* alemanas y las actrices como Ida Rubinstein y Réjane ó las aristócratas como casi todas las francesas e inglesas, la mujer ha intervenido siempre que era preciso curar á un herido, distraer con lecturas y canciones á los convalecientes ó, simplemente, darles de comer.

¡Qué diferencia de estos retratos tan cordiales, tan dentro de la natural feminidad y ternura, y



Señora belga repartiendo rancho á los soldados de un regimiento de su nación

aquellos otros de princesas del Norte de Europa vestidas con uniformes militares y que son coroneles de tales ó cuales regimientos!

No son un reproche, no son un ataque mis palabras. Son de tristeza y de melancolía.

Porque recordaréis que todos los retratos anteriores de la reina Isabel de Bélgica eran lo menos bélicos posibles. Hablaban siempre del hogar, de la sencillez, del amor maternal á los príncipes rubios, del augusto amor al pueblo labrioso y plácido. Y cuando llegó la hora de los heroismos y de los sacrificios esta mujer de los retratos sencillos y exclusivamente femeninos, ha dado motivo á otros que serán ejemplos eternos...

La inflexibilidad yanqui

También se podía titular este comentario *Aventuras de una niña fea* y ofrecerle como asunto de una historia, en réplica á los cuentos de hadas en que las niñas perdidas son siempre bonitas.

Mary Stitt es una pequeña heroína de ocho años. La audacia brava e impulsiva de su raza busca rápida por sus venas el camino del corazón.

El padre de Mary Stitt es inglés y vive en Nueva York, á donde emigró en busca de fortuna. Mary Stitt quedó encomendada á una vecina y una mañana neblinosa y triste de Diciembre, paseando por el puerto, sintió el deseo de reunirse con su padre.

Como en los cuentos de hadas, pero también con todas las amarguras y dolores de las humanas historias, Mary Stitt consiguió su propósito. Cuando apareció á bordo del *Árabic* ya el vapor estaba en alta mar y el capitán optó llevarla hasta Nueva York y allí exigirle al padre el importe de la travesía.

Mary Stitt acaso mintió; tal vez no creyó que mentía. Para ella su papá era ya rico. Marchó de

Londres para hacer fortuna y cuando un inglés se propone eso no fracasa. ¿Verdad?

Y le sonreía al capitán, á los pasajeros, á todo el mundo con su boca enorme, enseñando su dentadura mellada, sin lágrimas en los ojos, que eran la única belleza de su cara.

Pero papá no tenía dinero; papá cuando le avisaron que había llegado una niña que decía ser hija suya, acudió al barco y la abrazó llorando y riendo, como ella también reía y lloraba de alegría. Quiso llevársela; se comprometió á pagar el pasaje fuera como fuese, pero la ley americana es inflexible.

Mary Stitt ha quedado detenida y á disposición del poderoso «United States Government».

¿Por qué? Porque no basta que el padre de Miss Mary Stitt diga que la niña es su hija, ni que la niña afirme lo mismo. Es preciso demostrarlo, y cuando pueda demostrarlo Mr. Stitt, intervendrá el Consejo oficial de Emigración, cuyos estatutos ha pretendido burlar una ciudadana de ocho años.

El juego se ensaña

Los soldaditos de plomo ó de celuloide, los grotescos muñecos de trapo vestidos con uniformes militares, las infantiles panoplias con espadas, corazas, cascos y fusiles, que antes parecían juguetes inofensivos, adquieren en estos momentos terribles caracteres de responsabilidad.

¿Tenemos, en efecto, derecho á imponer á nuestros hijos los juegos bélicos, las patrióticas exaltaciones, á pintarles como bellos espectáculos las bárbaras escenas de la guerra?

Yo creo que no. El triunfo que Alemania sueña para su militarismo, no sería tan admirable, fecundo y beneficioso como lo fué el de sus artistas, de sus filósofos, de sus hombres de ciencia, de sus industriales. Si hay algo odioso en el alma alemana es esto que ahora ha pretendido arrasar la tierra de naciones fériles y pacíficas.

Y si triunfara eso tan odioso y tan estéril, todas las naciones se empobrecerían, se agotarían, para imitar el único ejemplo inimitable de Alemania. Los juguetes bélicos adquirirían en las manos y en la imaginación de los niños el carácter de un futuro inevitable y fatal. El «haceos duros» del polaco Nietzsche sería lema universal y el más íntimo orgullo de los niños sería verse como este berlínés de cinco años—que jugaba á hacer centinela ante el cuartel imperial—vistiendo uniforme de campaña y montado sobre un cañón «de verdad», un cañón arrebatado al enemigo y que mató á muchos hombres para quienes el símbolo de los soldaditos de plomo, los grotescos muñecos de trapo y las infantiles panoplias, se hicieron trágica realidad...

Las nuevas espigaderas

El periódico *Life*, de Nueva York, ha publicado el célebre cuadro de Millet, *Las Espigaderas*, como una sutil y dolorosa ironía sugerida por la guerra.

Nada parece haber cambiado en estas *glaneuses* de los campos de Francia.

La misma serenidad en el cielo plácido, idéntica desolación de campo por donde pasó la siembra con sus cientos de cuchillas, corvas y ágiles. La actitud de las mujeres agachadas sobre el suelo no ha cambiado.

Pero fijaos más. No son las espigas olvidadas, no son los tallos dorados, lo que sus ojos buscan y sus manos cogen. Son despojos de la batalla. La gran Segadora de la guadaña siniestra ha cruzado este año por los campos, sin cultivar, de la bella y laboriosa Francia. Estos surcos abiertos en la tierra no los dejaron los carros rebosantes de gavillas y canciones, sino

los automóviles blindados, los obuses, los cañones esbeltos y finos de Francia y los morteros pesados de Alemania; aquellas manchas rojas no son, como en las otras siegas de la vida, amapolas recién cortadas, sino gotas de sangre recién derramadas en esta otra siega de la Muerte... Trozos de paño, armas, gorros franceses, cascós prusianos, carteras, dinero, que habrá de buscarse en los bolsillos de los muertos. He aquí lo que ahora recogen las *glaneuses* de hogar. Y acaso buscan más: lo irremediable, lo trágico, de hallar el rostro del hermano, del esposo, del padre ó del hijo que una mañana de Agosto se llevaron con flores en el fusil y en la cabeza como á las víctimas de los siglos paganos.

Si Juan Francisco Millet viese estas espigaderas, no escribiría al pie de ellas las palabras que son el resumen de toda su obra, tan admirable, al pie del cuadro «La fin de la jornada»: *Debemos hacer que el trabajo sirva para expresar lo sublime; he aquí donde está la verdad.*

José FRANCES



MISS MARY STITT

Niña de ocho años, que, después de un accidentado viaje de Inglaterra á los Estados Unidos, ha sido detenida por la policía yanqui



TROFEO GUERREROS

Cañón francés tomado al enemigo y expuesto ante el cuartel imperial de Berlín



CÁMARA

SRTA. BLANCA DE PEDRO Y BARREDA
Hija de los Marqueses de Benamejís de Sistallo

Es una criatura encantadora, de aroso cuerpo y de líneas finas y elegantes. Reside habitualmente en Santillana del Mar, en la suntuosa casa solariega de sus padres. Su aparición en los salones aristocráticos de la Corre, suele ser rápida, fugaz, y es bien de lamentar, porque ella los esclarece con su gracia, su ingenio y su exquisita hermosura
FOT. WILLY KOCH—(SAN SEBASTIÁN)

CUENTOS ESPAÑOLES

UNA AVENTURA DE AMOR

CUANDO Lorenzo Torreón llegó á su casa de vuelta del baile, aquel martes de Carnaval amanecía. La luz que en la calle tenía glaucas transparencias de acuario, en la vasta antesala que recibía su claridad del patio por amplia vidriera, tenía tonalidades lívidas que daban un aspecto siniestro á todas las cosas.

Al contemplarse en el espejo que ocupaba uno de los testeros, Lorenzo casi sintió miedo. Tenía, realmente, el rostro muy pálido, ajado y verdorante por la noche de juerga, los ojos mortecinos en el fondo de las violáceas ojeras, los labios muy pálidos caídos en las comisuras, los cabellos ocultos por el negro casquete, y el cuerpo fofo, blando, desarticulado, bajo el blanco atavío de amante de la luna, el aspecto de uno de esos trágicos píerros que ríen ante una botella de champagne sellados por el beso inexorable de la Pálida. Realmente, era inquietante su aspecto; bajo los amplios pliegues del traje de raso blanco, sus gestos eran á la vez rígidos y fofos como los de esas marionetas abandonadas en la embocadura de los guinganos. Un escalofrío de temor un poco pueril y otro poco supersticioso corrió como un hilo de mercurio por sus espaldas.

Para no verse volvió la espalda al azogado cristal y entonces sus ojos tropezaron con una carta colocada en la bandeja de plata que sobre la gran mesa Renacimiento del vestíbulo estaba destinada á ese uso. Cogióla, y con esa curiosidad pueril que nos hace estudiar una carta antes de abrirla, empezó á darle vueltas. El papel era recio, un poco amarillento y apergaminado y exhalaba un aroma raro, un sutil perfume á tierra mojada, á flores marchitadas por el calor de los cirios y tal vez un levesimo hedor á podredumbre. Intrigado rasgó el sobre y leyó:

«Si Lorenzo Torreón es el caballero enamorado de todas las aventuras extrañas, el galán de todas las tapadas, el tenorio clásico que ignora el miedo al misterio, sepa que mañana, martes de Carnaval, á las doce de la noche, en la calle de Santa Isabel, esquina á San Cosme, le esperará una máscara que desea fervientemente entrevistarse con él. Si el más ligero temor puede albergarse en su esforzado corazón y las aventuras pueden asustarle, quédese en casa al amor de la lumbre». Y nadie firmaba tan rara misiva en que había no sé qué arcaico empaque altisonante.

Lorenzo leyóla y releyóla y cada vez encontraba un detalle nuevo que le producía inexplicable malestar. La letra era firme, tan energica que al final de cada trazo formaba como un pequeño punto que daba á toda la misiva la apariencia de un macabro capricho en que se hubiesen dibujado todas las letras con minúsculas tibias; la tinta parecía vieja y amarilleaba y el olor marchito hacía cada vez más intenso. Al fin, im-

paciente Torreón, decidióse á llamar al criado.

—¡Manuel! ¡Manuel!

Sofóliento, atándose el delantal, hizo éste su aparición.

—Señor...

Lorenzo interrogó:

—¿Quién ha traído esta carta?

Con asombro, como si no entendiese bien,

balbuceó:

—La carta... ¿Qué carta?

Lorenzo impaciéntose, no se sabía si con la torpeza del criado ó contra una oculta inquietud que germinaba misteriosamente en su espíritu:

—¿Qué carta ha de ser! La que estaba en la bandeja.

Decididamente el fámulo no comprendía. Abrió unos ojos tamaños como platos y afirmó rotundo:

—Si no había ninguna!

Exasperado Lorenzo apostrofóle:

—¡No sea usted animal! Si la acabó de coger de ahí ahora mismo.

—Pues, yo no la he puesto... Como no haya sido el portero.

—Llámelos usted.

Mientras venía, Lorenzo paseaba nerviosamente. Si hubiese venido por el correo interior era más fácil que se les olvidase á aquellos bárbaros, pero en mano...

Entró el portero. Al abrirse la puerta de la escalera, una corriente glacial, impregnada de ese escalofriante olor á moho y á humedad que tie-

nen los recintos largo tiempo cerrados, olor de mansión abandonada, de convento en ruinas y de sepultura, llegó hasta él y la gota helada de mercurio volvió a resbalar por su espalda.

El portero, medio dormido, titilando de frío, presentóse á él. No sabía nada, ni había visto á nadie traer una carta para el señor.

—¡Si yo no tengo la llave del piso y Manuel no ha salido!

Ya solo con su criado y tras de leer una vez más la amorosa esquela, volvió á interrogále:

—¿La calle de San Cosme, dónde está?

Meditó el otro un momento, recapacitando sobre sus conocimientos topográficos y al fin, ya orientado, explicó:

—¿La calle de San Cosme?... En la calle de Santa Isabel, una de las últimas bocacalles á mano derecha, frente al Depósito de cadáveres.

Por tercera vez, Lorenzo Torreón sintió el estremecimiento de frío que ondulaba por sus espaldas.

Convencido de la inutilidad de sus indagaciones penetró en el despacho. La habitación tan íntima, grata y confortable de común, mostraba ahorría hostil, fría, extraña á él. No podía decir si era la luz del amanecer ó el cansancio de sus ojos por la cegadora claridad del baile, pero los objetos todos se

destacaban duros, sin matices, ni ambiente, como si una colossal máquina pneumática hubiese hecho el vacío en derredor. Lorenzo nervioso, turbado, con un mal humor en que había una minúscula partida de miedo, dejó caer en una de las hondas butacas de piel y con la carta en la mano, dejó vagar su pensamiento por todas las perplejidades.

¿Quién sería la incógnita? ¿Una enamorada discreta? ¿Un bromista? ¿Una encerrona con vistos al chantage?...

Poco á poco la imagen de tantas aventuras banales, encantadoras, risueñas ó peligrosas, como habían llenado su vida, iban desfilando ante él. ¡Ah, las horas divinas de Venecia, los paseos en góndola á la luz de la luna con aquella casi real lliana de Is! Las horas románticas del Rhin con Gretchen Clum, la rubia cantante alemana! ¡Las canallescas aventuras de París y Londres y las locas juergas de Sevilla! Y todo el maravilloso cortejo de criaturas bellas, espirituales, frívolas ó apasionadas que habían desfilado por su vida, desfilaban ahora por su memoria como una teoría de fantasmas. ¡Bah! Había tenido tantas, tantas aventuras en su vida que una aventura más no significaba nada. Y sin embargo, algo conturbador que era como un presentimiento ó una advertencia de ese secreto instinto que nos avisa de un peligro, volvía sobre su valor con la monótona persistencia de una gota de agua que cae, cae lentamente, monótonamente, invariablemente, sobre una piedra has-



LA ESFERA

ta abrir un hoyo y acabar por perforarla. Entre tanta escena de amor precisamente las dos ó tres trágicas que eran como calvarios en el jardín de su vida, volvían á su memoria. Y veía el cadáver de Manola, la de Naranjeros, con una faca clavada en el corazón, y Flora Floriani en el lecho rodeada de rosas, muerta de una inyección de morfina, y Dorotea Carr flotando sobre las aguas del río como una Ofelia pecadora.

Con un esfuerzo, ahuyentó las sombras y resuelto, se puso en pie:

—¡Bah, iría!

...

El reloj del convento, amartilló en la noche doce campanadas, y Lorenzo que descendía por la calle de Santa Isabel, sintió frío, un frío atroz que le llegaba hasta la médula de los huesos y le hacía castañetear los dientes. La noche era glacial pero serena; en el cielo, muy azul, la luna se asomaba como una faz de muerto. En la amplia vía no transitaba nadie; arriba, pasado el palacio de Cervellón, veíase el farol de un sereno. Al primer momento y aunque sus ojos escrutaron desde lejos, Torreón no vió á nadie en la esquina de la calle de San Cosme y respiró sañifecho como si acabasen de quitárselo un peso de encima. ¡Una broma!

Y en vez de sentir odio hacia el inoportuno bromista, un buen humor imprevisto hizole encontrar el lance muy chistoso. Iba ya á retroceder, cuando quedó clavado en tierra, retrificado, yerto. En la esquina removía una forma humana. El traje negro hacía confundirse con las sombras, y los blancos atavíos vaporosos y flotantes, que bajo el negro manto se entreveían, hacíanla vaga como un rayo de luna. Rápidamente, Lorenzo dirigióse á ella, pero, cuando casi llegaba, la figura hizole un gesto, invitándole al silencio; otro, de vaga llamada, y echó andar por la calle de San Cosme adelante.

Lorenzo la siguió. Iba tan deprisa que algunas veces costaba gran trabajo no perderla de vista. Su paso era aéreo, ágil, gracioso, unas veces con la vaguedad de una columna de incierto que ondula en el aire; otras, menor armoniosa, con leves saltos de pájaro. Era esbelta, muy delgada. Un corpíño inverso al opriá su talla y la falda abriáse pomposa como la de la *Tirana* que pintó Zuloaga; otras veces, menos violenta y más elegante, con algo del diez y ocho francés. Debia ser muy rubia, porque al través del velo que envolvía su cabeza, el pelo amarilleaba dando la extraña sensación de un casco de marfil ó un cráneo pelado.

La figura inquietadora, siempre con rapidez inverso, cruzó callejones, desembocó en la Ronda de Atocha, cruzó rápidamente, y después de atravesar el Paseo de las Delicias, metióse campo atravesado por unos vericuetos. Ya allí, se detuvo y con un gesto de su mano aristocrática, delgadísima y alargada, como sólo se ve en algunos cuadros de los Primitivos ó en algunos fúnebres caprichos de Goya ó de Dureiro, llamóle á ella.

Jadeante por la rápida marcha, Lorenzo, aproximóse á su misteriosa enamorada y ella tendióle la enguantada diestra. La apariencia no le había engañado. Bajo el guante de Suecia sintióla atrozmente delgada, fría hasta helar la mano que la estrechaba, y llena de sortijas.

El muchacho hizo un esfuerzo, tratando de ver el rostro al través del velo, pero aunque éste parecía leve, la cabeza envolviese en una neblina vaga que esfumaba los contornos por completo.

Comenzó él á hablar á la desconocida con vehementes razones de pasión, á trenzar en su

oído la perpetua letanía de amorosas frases y á tratar de hacerla romper su incógnito, pero ella nuevamente esquivó el mismo gesto vago de discreción y cogiéndole del brazo echó á andar campo atravesado.

¡Ah, la atroz delgadez de aquel brazo que le hacía daño al través del traje, como unas tenazas de hierro, y le helaba hasta la médula de los huesos! ¡Ah, el vago y misterioso encanto de aquella mujer, que tenía irrealidades de fantasmas! ¡Ah, el acre y misterioso aroma de campo santo que la misteriosa hembra exhalaba!

La noche tenía una claridad maravillosa. Bajo la luz espectral de la luna, el campo tendiese blanco igual como si estuviese cubierto de un sudario de nieve, y al fondo alzábans como en un aguafuerte de Boeklin, unas tapias medio derruidas sobre las que se erguían negros cipreses.

La desconocida caminaba rápidamente, sin pronunciar una palabra, y Lorenzo mismo sentía trabada su lengua por una misteriosa fuerza que le robaba el habla. Realmente, sentía miedo, un miedo sordo y escalofriante, que por momentos le dominaba, ahuyentando su fanfarronería y su seguridad en sí mismo. Hubiese querido detenerse pero ya no podía; la desconocida, con

cuchillito y aséstola una puñalada. La acerada lámina chocó contra un hueso y el fantasma desplomóse á tierra.

Entonces, sin pararse á mirar, sintiéndose al fin libre del raro sortilegio, Lorenzo echó á correr, y así, jadeante, medio muerto de miedo y de cansancio no paró hasta su casa. Tan intensa fué la emoción que había sentido y cuyo recuerdo no podría fácilmente apartar de su imaginación.

...

Sentado en el palco contemplaba distraídamente la sala llena de máscaras que se movían á los lentos acordes de los valses y tangos. Estaba solo, acodado al barandal. Sus amigos habían bajado todos en busca de fáciles conquistas; pero él, sin humor, preocupado, triste, pensaba involuntariamente en su aventura de la víspera.

¿Sueño? ¿Realidad? ¿Imágenes de una terrible pesadilla, ó hechos reales?

Había dormido todo el día sin pensar en nada ni acordarse de nada. Al despertarse á las seis de la tarde, había sentido el pánico de la soledad y se había ido en busca de Perico Fuensanta y de otros amigos y con ellos, para olvidar aquello que no sabía si era realidad ó alucinación, al



una fuerza absurda, imposible en una mujer tan flaca y leve, le arrastraba mal de su grado, al través de los campos desiertos. Un frío mortal enseñoreábase de su cuerpo y las ideas se le hacían confusas.

Al fin, en el paroxismo del terror, encontró fuerzas para preguntar:

—¿Dónde vamos?

No respondió ella y siguió arrastrándole. Entonces, trató de detenerse:

—Yo no sigo!

Pero todo inútil. La sombra aquella, mujer ó demonio, muerta ó viviente, podía más que él, más que sus músculos distendidos, más que su voluntad rota.

Entonces, Lorenzo Torreón, recordó un puñalito, que á prevención llevaba en el bolsillo, y con la mano libre buscóle. Lo halló. ¡Allí estaba! Y sus dedos temblorosos, acariciaron el puño.

Pero ¿y si era un fantasma? ¿De qué le servía el puñal? Trató de rezar y hallóse con que todas las oraciones, como por arte de embrujo, se le habían olvidado. Aún imploró:

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡Me haces daño!

Y como ella sin hacerle caso siguiera arrastrándole, enloquecido, ciego de pánico, sacó el

baile de trajes, que prometía los más gratos y risueños atractivos.

De improviso, unas palabras oídas en el palco contiguo despertaron su atención. Oíanse dos voces de hombre. Una decía:

—Poe, Hoffman, Baudelaire, Lorraine... ¿Alucinados? No lo crea usted. En la vida real se dan casos tan inexplicables como los que ellos nos cuentan...

Y la otra:

—;Hombre, me parece una exageración! Eso no es más que literatura... Tal vez en las casas de locos...

Su interlocutor le interrumpió con vehemencia:

—;En las casas de locos... Y en la vida. Ahí tiene usted lo que ha sucedido ayer, aquí en Madrid, á dos pasos de nosotros. Ya ve usted que cosa más rara... ¡El cuerpo de una mujer que dejan en el Depósito de Cadáveres y que con las sortijas puestas para que pueda ser reconocida, y que aparece con una puñalada en el pecho sin que nadie haya entrado allí!

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJOS DE ZAMORA

PÁGINAS DEL CARNAVAL



EN EL PASEO DE COCHES DE LA CASTELLANA

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

YACIMIENTO DE GAS EN GIJÓN



CAMARA

La aldea de Caldones, cercana a Gijón, ha sido teatro días pasados de un interesantísimo fenómeno. Al hacer sondeos en una mina, surgió tremenda llamarada, que durante varios días ha continuado iluminando con lívidos reflejos la pintoresca aldea asturiana, sembrando el miedo entre los habitantes de la comarca. El espectáculo era en verdad imponente, pues la llama se elevaba a diez metros de altura, surgiendo de una grieta cuyo diámetro excedía de 47 metros.

Para estudiar el fenómeno acudieron el presidente del Instituto Geológico, de Gijón, D. Luis Adaro, y el ingeniero del mismo centro Sr. Rubio. El fuego fué apagado con ácido carbónico, opinando los referidos técnicos que no se trataba de un yacimiento de petróleo, como hubo de creerse en los primeros momentos, sino de un depósito de gas.



CAMARA

Dos aspectos de la mina de gas, incendiada en Caldones, aldea próxima a Gijón
FOT. PEINADO—(GIJÓN)

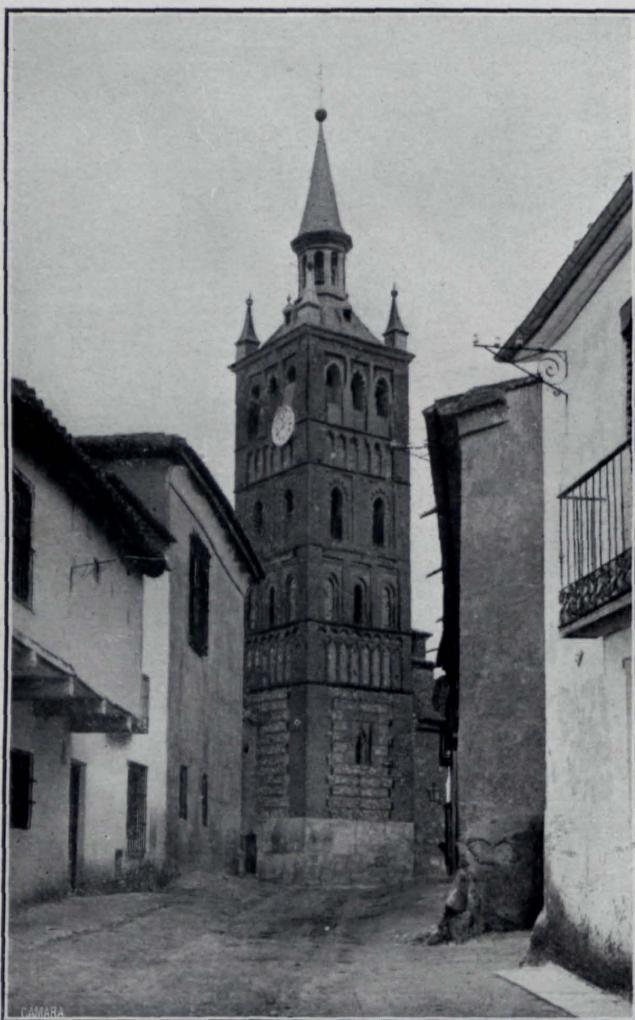
industrial como el que se explota en Pensilvania. También suponen los ingenieros que el yacimiento de gas abarque una extensa zona, de Noroeste a Sudoeste, lo que representaría un rico hallazgo de fuerza con aplicación a las industrias.

La fuerza expansiva interior del gas es, según cálculo de los peritos, de 50 atmósferas y 8.000 calorías.

En cuanto a la naturaleza del misterioso fluido aún no se sabe nada en concreto, por no haberse terminado el análisis de las cantidades recogidas por el Instituto Geográfico de Gijón.

El resultado de dicho análisis es esperado con impaciencia en los centros industriales, pues si se trata de una abundante reserva de gas, puesta por la Naturaleza a la disposición del hombre, la laboriosa región española contaría con un elemento más de vida.

DE LA VIEJA ESPAÑA



CÁMARA

Illescas.—Torre de estilo mudéjar de la iglesia parroquial



Nave principal y altar mayor de la iglesia parroquial de Illescas

HACIA la mitad del polvoriento camino que une la imperial Toledo y la Corte, pregonera de pasadas grandezas, eleva sobre la llanura sus líneas gallardas, una torre de inconfundible estirpe agarena, aunque la mudanza de los tiempos disfrazara su primitiva fábrica, bajo las austeras formas del templo cristiano. Es la valiente torre de la iglesia parroquial de Illescas, que aún conserva en sus órdenes de ventanas y en sus relieves ornamentales, huellas de alminar, constituyendo, en el presente descaecimiento de la villa toledana, una de las más antiguas ejecutorias de antigüedad, dorada y potente, entre las urbes de la provincia. Illescas, vieja Illescas, que algunos historiadores hacen descender de la carpetana llarcuris, y que durante la dominación de los árabes, en Toledo, alcanzó un extraordinario grado de florecimiento, aun conquistada la ciudad del Tajo por las armas cristianas no sufrió la suerte común de muchas villas tributarias de la capital del reino. La feracidad de su suelo, la industria de sus habitantes, y sobre todo su emplazamiento favorable, entre la antigua y la nueva Corte, que la hacía obligada etapa de jornada, fueron circunstancias que favorecieron su existencia. Los reyes tuvieron allí un alcázar, y la nobleza, mansiones señoriales. Aunque del primero, derruido en el siglo xvi, no quedó la menor huella, y de las segundas, contados y casi insignificantes restos, todavía la mirada



Imagen tallada en mármol, existente en el convento de monjes Franciscanos de la Orden Tercera y cuyo primoroso estofado se conserva admirablemente

FOT. LÓPEZ BEAUB

del arqueólogo puede encontrar en un paseo por las soleadas calles de la villa, interesantes recuerdos de las dominaciones que por ella pasaron, ya en el arco gótico, bien en el típico ajimez, ó en la severa construcción de la época de los Austrias. -

Bastantes son los recuerdos históricos de Illescas, cuyo nombre tantas veces resuena en nuestro teatro del siglo de oro. Su alcázar, defendido heroicamente contra los Comuneros, por Juan Arias, dió nacimiento al título nobiliario de Puñonrostro, conferido por Carlos V, al valeroso alcaide. En una de sus posadas, que aún subsiste, el Rey Francisco I, al salir del cautiverio, otorgaba el sí de esposo a la hermana de su vencedor. El gran Cisneros hacía a Illescas objeto de sus generosidades, fundando allí el Convento de Terciarías. El inmortal Greco ponía en ella el sello de su genio, dotándola de santuario ostentoso para la Virgen de la Caridad, que allí se venera.

Reune, pues, sobrados motivos Illescas para una visita, especialmente su templo principal en el que aún se conservan excelentes cuadros, y, aunque la fábrica ha sufrido numerosas transformaciones, al correr del tiempo, todavía el inteligente en arquitectura puede descubrir indicios del evidente pasado esplendoroso de la Iglesia, favorecida por la piedad de los monarcas castellanos, quienes en sus jornadas a Toledo, jamás prescindieron de elevar allí sus preces al Todopoderoso.



ARCO DE UGENA, QUE SE CREE PROcede DEL SIGLO XII, Y QUE CONSTITUYE EL ÚNICO RESTO DEL CINTO QUE DEFENDÍO
LA VILLA DE ILLESCAS (TOLEDO)

POT. LÓPEZ BRAUBÉ

LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS

LA CALLE DEL SOLDADO

BELLA y más pura que el azul del cielo», como la Elvira del endiablado estudiante don Félix de Montemar, era doña María de la Almudena Gontilli de Casilla, que en unión de su virtuosa madre vivía en un destartalado é inmenso caserón, en las proximidades del Convento de las Mercenarias Descalzas de San Fernando.

Tanto su hermosura como su recato, era la admiración de cuantos la conocían. Más de un galán recorrió su calle y pasó la noche en vela, esperando que con el alba saliera la doncella á primera misa al Convento del Caballero de Gracia, donde la joven gozaba del general cariño de las monjas allí reclutas, sin que la así

propósito. Quedó el soldado más loco que nunca, al conocer los designios de la doncella, y, en vez de cejar en sus galanteos, aumentó las demostraciones de su infernal amor.

Un día buscó á un pintor amigo, é hizo que lo retratará con el uniforme de gala, el más visto y marcial de los de su época. Cogió el cuadro y lo colocó en uno de los pilares de la cerca del Convento de las Mercenarias, con objeto de que su adorado ídolo, lo tuviera siempre ante su vista. En la pendiente de su locura iba derecho al abismo á que le precipitaba aquel cariño insensato. En cuanto á la joven, sin prestar atención á las hiperbólicas muestras que de su amor le

raban con celestial dulzura, no reflejando su rostro ninguna huella de dolor humano. Y sus labios, aquellos labios frescos, sonrosados y hechos para la plegaria, agitáronse, cuando llegó la abadesa, diciendo: ¡Madre!, con tierna voz...

En cuanto al asesino, que por infernal atracción acudió al sitio de su delito, para contemplar de nuevo el decapitado cuerpo de doña María de la Almudena, fué detenido por la ronda, á la que se entregó, sin oponer resistencia.

Sólo pidió que se le condujese ante su jefe, don Lorenzo Gómez de Figueroa. Así se hizo. Marchaba el criminal sin hablar



cortejada hiciera caso de tan reiteradas demostraciones de amor.

Pero un día, un fiero soldado de Guardias Españolas, puso los ojos en ella, dedicándose á partir de aquel momento á quebrarla y perseguirla. Era el tal soldado hombre rudo y fuerte, currido en cien batallas y en mil empresas guerreras. Acostumbrado á que el éxito coronara todos sus proyectos, excitóle ver que doña María no escuchaba sus trovas, ni sus ardientes requerimientos.

En vano rondó la calle y buscó ruidosísimas pendiencias con los contados transeúntes que por allí pasaban. Cerradas á piedra y lodo, puertas y ventanas, permanecían á todas horas, con gran indignación del soldado aventurero, que sentía crecer su amor á medida que aumentaban las dificultades.

Al fin una noche consiguió que la bellísima doncella aviniérase á escucharlas. Platicaron en la reja breve rato. Habló el soldado con aquella sentimentalidad de que era capaz su corazón rudo, y la dama así que le oyó, le dijo:

—Hidalgo. Nunca podré amaros. He decidido consagrarme á Dios. Poned vuestros ojos en quien pueda corresponder á vuestros anhelos, que yo, sabéis cuál es mi más firme y decidido

daba el soldado, adelantó la fecha en que había de profesor.

Supo el desgraciado lo que pretendía la doncella, y, loco, fuera de sí, la noche que precedió á su toma de hábito, la esperó. Solo con ella en la desierta calle, hablóle nuevamente del amor que abrigaba y que le llevaría al crimen, y al escuchar de doña María, que no podía corresponderle, sacando la espada, dióle tan fuerte estocada, que atravesándola, prodújole la muerte.

Al verla en tierra, en el paroxismo de su sangrienta locura, presa ya del Demónio de la perversidad, cortó la hermosa y juvenil cabeza de su pobre víctima. Y metiendo en un saco aquel macabro trofeo, fué al Convento del Caballero de Gracia, llamó á la tornera, y diciéndole que aquel era un regalo de la joven que había de profesor al día siguiente, echó el saco por el torno, alejándose de allí con torpes e inseguros pasos...

Sor Isabel de San Agustín, que era la hermana tornera, tomó el horrible envío, desmayándose al ver lo que contenía.

Acudieron á sus gritos la abadesa y las compañeras, siendo de presumir la consternación que todas experimentaron, ante la cabeza de la que iba á ser presto su hermana en Dios.

«Los ojos entreabiertos, dice la tradición, mi-

palabra. Y sólo salió de su mutismo días antes de ser ajusticiado, para decir que para su crimen no había perdón, ni redención posibles.

Impenitente aguardaba la hora de su ajusticiamiento, sufriendo tales ataques de enajenación furiosa, que tuvo que ser puesto entre cadenas para evitar que se suicidara.

Las confundidas monjas del convento del Caballero de Gracia, imprimían diariamente la clemencia celestial para que salvara el alma del malhechor, que una noche, prorrumpió en alborozados gritos, diciendo:

—La veo. Viene hacia mí. Me dice que mi horrendo crimen será perdonado si es sincero mi arrepentimiento...

E inmediatamente pidió confesión.

Contrito y arrepentido marchó al suplicio.

Después de muerto se le cortó la mano derecha y empalada se puso en el lugar donde estaba el cuadro que para seducción de la desdichada doña María, hizo el soldado colocar frente á su casa.

Y para conocimiento de todos dióse á la calle el nombre de la del Soldado, que ha conservado hasta nuestros días, en que para honrar la memoria de músico tan glorioso, se llama Calle de Barberi...

DIBUJO DE ECHEA

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ



LA CLÁSICA ESTUDIANTINA

(CRÓNICA)

UNA de estas últimas noches ha pasado por mi calle una estudiantina, algarera y juvenil. Bien sabe todo el mundo que estas estudiantinas no tienen de tales más que el nombre y que no las componen estudiantes gallardos, calaveras y tunantes, sino honrados menestrales, dignos de toda mi consideración y respeto... No importan nada los componentes, sino el contenido espiritual de las estudiantinas, la emoción española que dejan en las almas por legado ancestral de la raza, las evocaciones literarias que traen á la memoria: ¡Don Félix de Montemar con la capa terciada y el alma impulsiva, doña Elvira, pálida y dolorida de tanto esperar, asomada á la reja entre alelías y claveles!...

Toda la vieja vida española revive en estas comparsas...

Las guitarras suenan claras, trémulas y tristes, bajo el cielo constelado de estrellas y bajo la luna que un halo pálido melancoliza... A veces la voz de un cantor — uno de estos cantores populares que guardan una bella voz, de tenor ó de barítono, para días señalados — suena en el silencio de la ciudad dormida...

Cuando yo salía de casa, después de cenar, la estudiantina gozosa y acompañada, cruzaba ante un estanco, donde suelo acudir cotidianamente tres ó cuatro veces... Y al entrar en el estanco, frívolamente, sin remarcar demasiado la intención, yo he dicho:

¡Qué alegre va la estudiantina!.. Pocas ganas tendrían de estas alegrías nocturnas en París ó en Berlín...

Y entonces, el estanquero, un hombre del pueblo bajo de España, un hombre rudo, ingenuo é inteligente, ha dicho con esa filosofía socarrona de los Sancho Panzas, que aún sobreviven en nuestro país:

—Ahora nos toca alegrarnos... Bastante nos ha tocado llorar... Cuando España lloraba hace unos años, todos se reían...

—Comprendéis la enorme inquietud que han despertado estas sencillas palabras en mi espíritu? —Comprendéis la transcendental filosofía que ellas encierran? —Adivináis todo el sentido esotérico y todo el alcance oculto de esas frases? —Os explicáis que yo no haya dormido tranquilo esta noche sin haber meditado bien esas palabras simples y elocuentes?...

Todo el sentido espiritual de la neutralidad española, que yo no acertaba á explicarme bien, me ha sido revelado con estas palabras de un hombre del pueblo. Todo el latente pensamiento del pueblo especial me ha sido patente en un instante...

España quiere la neutralidad y desea estar al margen de la fuerza, porque España ha sufrido mucho. Lo mismo que esas mujeres maduras que han tenido pasiones borrascosas y desgraciadas, y luego, al ver encaminarse á otras por el mismo sendero que ellas han recorrido, sienten lástima y una sonrisa de piedad se dibuja en sus labios, así España ve ahora á las naciones eu-

ropeas en guerra con un gesto de comiseração y desengaño... Parece decirles con su neutralidad unánime: ¡Dentrozaos y aniquilaos en guerras insensatas, que ya sabréis lo que es bueno dentro de unos años!...

El buen pueblo español, el pueblo trabajador y sufrido que ha ido á Cavite y ha ido á Santiago, el pueblo que aún manda sus hijos á las asperezas del Riff para ofrecerlos en holocausto á un

último destello imperialista, este buen pueblo, noble, rudo, indomable, sabe bien los *beneficios* de la guerra, que encarecen los *belluistas* doctrinarios, los más nocivos de los mortales... Y sonríe con sonrisa de piedad y de desengaño, con sonrisa de hermana mayor, que vigila las travesuras y las chiquilladas de sus pequeñitas hermanitas, á las naciones de Europa, las unas por un ideal ficticio de expansión imposible, las otras por una ilusoria *justa* ó torneo en pro del Derecho, la Justicia y la Libertad...

España, demasiado dramática durante tantos siglos, sonríe ahora... Tienes razón, estanquero sutil y maligno, que adobas tus razones con más gentileza que los cigarros que expendes, tienes razón... «Ahora nos toca el turno de reir; demasiado hemos pasado la vida llorando»...

Si, si, honorable comerciante; la risa va por barrios y ahora le ha tocado el turno al barrio afro-ibérico, á este arrabal de Europa, como dijo tan *delicadamente* Bismarck á Prim... España ha sido la Niobe de las naciones, la Dolorosa de Europa, siempre llorosa, desmelenada, plañidera forzada, con el llanto en los ojos, la palidez en las mejillas y sobre los hombros un manto largo, largo, muy largo...

España ha sido siempre la viuda pensativa y cabilosa. Hora es de que sea la soltería alegre y pizpireta. Bajo nuestras castañuelas repiqueteantes palpitaba un dolor inmenso que nada habrá de curar; bajo las flores en el pelo y los multicolores mantones de Manila, un cáncer oculto é implacable nos mordía...

A la luz de estas frases ingenuas del estanquero, yo he visto el problema de España con una claridad sorprendente. Europa ardía en guerra—desolación, sangre y trofeos—y España, al margen de Europa, tranquila, descuidada, dormida al arrullo de las jaculatorias de sus novenas y los *olés* de sus corridas de toros...

Haces bien, estudiantina alegre y juvenil, en atravesar mi calle, anticipando un aire de Carnaval... Al ritmo de tus guitarras claras y tus bandurrias finas, yo he sentido toda la trágica acritud del problema español. España vive al margen de Europa porque Europa se ha despreocupado de ella cuando ha sufrido... Como una víctima en el altar, España se ha immolado sola, sola, sola...

Ahora España —y al decir España, he nombrado la nación más dramática y más doliente del planeta—rie... y rie bien... Europa no ha llorado con ella y ella no puede llorar á la par de Europa... Mientras unos hombres defienden causas extrañas y ajenas á nosotros en unas trincheras lejanas, nosotros atravesamos el período dramático de Europa como espectadores indiferentes y desengaños, con la risa en los labios, la flor en el ojal y el rasgueo de las guitarras de nuestras estudiantinas emocionando la calle, bajo la mirada benigna de las estrellas claras...

ANDRÉS GONZALEZ BLANCO

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



CRÓNICA DE DEPORTES

PARTIDAS CINEGÉTICAS

AFICIÓN de los grandes señores fué siempre el caballo; él les acompañó en las más gloriosas hazañas que dieron nombre á las casas; en los fragores de la batalla, como en el noble oficio de la caza, fueron los intrépidos, los valientes caballos quienes surcaron, decididos, los más abruptos caminos... Y hoy, cuando de los altos palacios desaparecieron las cuadras de lujo para que tuvieran entrada los automóviles; cuando las finas jacas inglesas, las andaluzas, majestuosas en su bronce ó las trotadoras, ligeras como un gamo, nada valen al lado de un 40 H-P, es mucho encontrar, quienes rindiendo homenaje, hasta en sus gustos, á sus blasones, cultiven el más noble de los deportes, en la más arrogante forma.

Los condes de Torre Arias, señores á la antigua, amantes del campo, agricultores y ganaderos, poseedores de innúmeras fincas, tienen en los



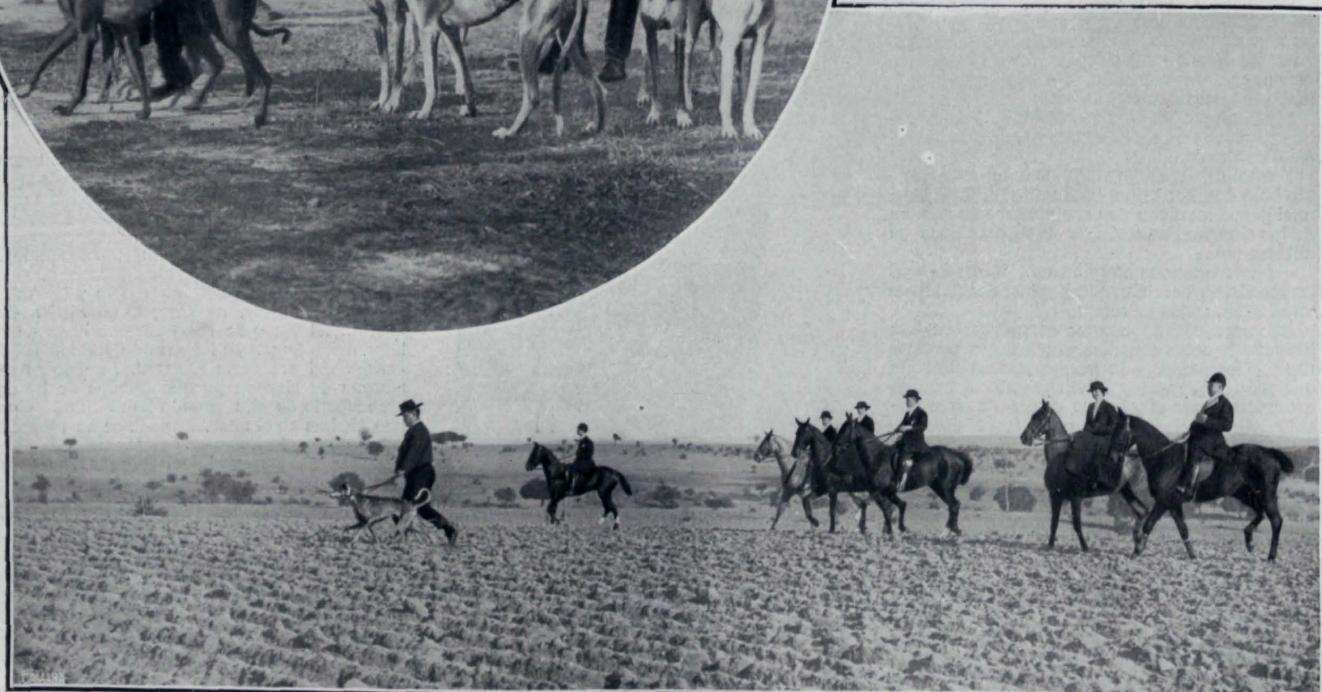
bordes de Madrid una llamada «París», donde todas las semanas se celebran animadas partidas cinegéticas.

El simpático conde de la Quinta de la Enjara nos llevó en su *auto* á dicha finca un buen día de sol... Maravilloso aspecto de sierra cubierta de nieve, una perspectiva lejana de Madrid y la carretera como una cinta blanca, tóborgan por el que se ven pasar cientos de automóviles; es el marco que encuadra este magnífico monte.

Llegamos al *chalet* cómodo, elegante, con su gran salón de billar, cuartos de aseo, salónicos y un comedor con alta chimenea de leña. En esta habitación hay preciosos grabados antiguos describiendo escenas de caza, retratos ecuestres de notables y aristocráticos cazadores; y admirablemente colocadas lucen las manos de todas las liebres que la bella condesa de Velayos, hija de los Torre Arias, ha cazado en la finca.

El valor de esta dama merece consignarse: es ella la primera, con su caballo, en figurar delante del equipo persiguiendo la liebre; no hay obstáculo difícil que no salve y cuando rendidos regresan todos de la empresa, ella, aún arrogante, serena, conserva toda la apertura de un gran jinete.

Los palfreneros, sobre cuyas líneas se lucen blasones de sus amos, sostienen los caballos



Los perros corredores.—Salida de los jinetes



CÁMARA

Los jinetes delante del "chalet"

para que monten los señores y es este el momento de comentar los trotes, las alzadas, los resabios, los piensos mejores.

Una sonora vibración de trompa reúne á los cazadores en el punto de partida. Los galgueros, vestidos con el traje de campo andaluz, sujetan los perros que impacientes rebullen, codiciosos de trepar por el monte en busca de la presa. Surge la primera liebre y tras ella se han perdido perros y caballos á nuestra vista, y aparecen inopinadamente por una loma para lanzarse en su loca carrera por la hondonada.

Los caballos no sienten la fatiga, tienen como sus amos amor á la caza; liebre y galgo persiguen sin necesidad de espolio.

El conde de Torre Arias, que viste el clásico uniforme de caza, es uno de los mejores aficionados; caballista notable, no elude de los obstáculos ni pierde un momento de la jornada y sus hijos el marqués de Santa Marta y D. Narciso Pérez de Guzmán el Bueno, han heredado estas aficiones por la fiesta de vigor y destreza.

La Sra. María Fernández de Henestrosa, hija de los duques de Santo Mauro, es digna competidora de la condesa de Velayos.

Y es proverbial en los hijos de los condes de Romanones el culto á la equitación, ya que se les recuerda desde niños alcanzando premios en carreras y concursos; razón por la que el caballero conde de Velayos y su hermano D. Carlos Figueira no han de temer caballo bravo, ni zanja profunda.

Nosotros seguimos á pie la cacería y á veces nos vemos sorprendidos



por la aparición de una liebre que con regates ingeniosos viene burlando á sus perseguidores...

La tarde cae y el frío se hace más intenso.

Acabó la bella jornada. Nos reunimos nuevamente en el chalet para tomar una taza de té, que es el mejor pretexto para el dulce comento de los incidentes del día, y el relato siempre sutil, exquisito, de otros, con otros caballos, en otras tierras, con otro sol...

Los caballos, al fin rendidos, reciben la caricia de una manta blasonada y los señores, que tienen prisa por bañarse, vestir el frac para la comida en el Club ó en la Embajada, montan en los automóviles, que escapan veloces, espantando á su paso á los pacientes jacos sobre los que cabalgan criados...

Evolución del tiempo, progresos de la civilización, matan los sanos y viriles deportes, sustituyéndolos por la molicie del confort, como á medida que se perfeccionaron las armas de fuego, se fué perdiendo la poética fiesta cinegética de la cetrería.

MIGUEL DE LA CUESTA



De regreso de una de las carreras

FOT. CAMPÚA

KOK

LONDRES 1913
MEDALLA DE ORO:: GANTE 1913 ::
FUERA DE CONCURSO

Sr. Invitamos á usted á presenciar una sesión de
cinematógrafo en nuestro salón de la calle Mayor, y á
examinar los diversos modelos expuestos del maravilloso
CINEMATÓGRAFO DE SALÓN



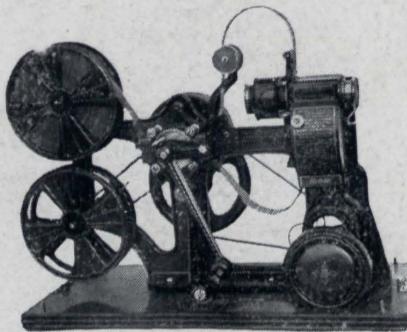
PATHE



*El
Cinematógrafo
en casa*

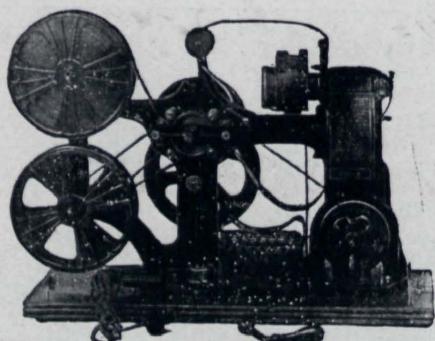
INSTRUCTIVO & EDUCADOR & RECREATIVO

El aparato KOK
es sólido, elegante
fácilmente transportable
y de fácil manejo
Ofrece una seguridad
absoluta

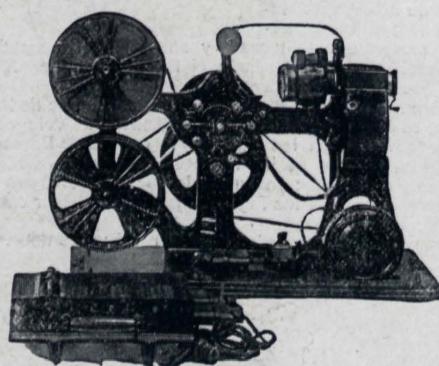
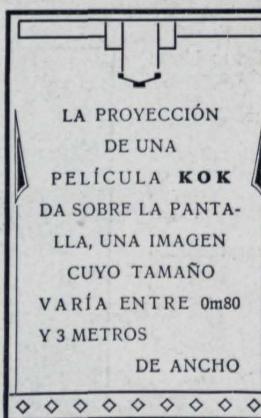


Gran surtido
de asuntos en película
absolutamente
inflamable
en venta, alquiler
y abono

Modelo que funciona á mano produciéndose la luz



Modelo que funciona con corriente alterna



Modelo que funciona con corriente continua

PATHÉ FRÈRES, PARIS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL: VILASECA Y LEDESMA
MAYOR, 18--MADRID

Envío gratis de Catálogo Ilustrado



colonia, Polvos, Jabón
Flores del Campo

CUTIS FRESCO Y SONROSADO

Este es el secreto de la juventud, que
 está ya al alcance de todas las señoras,
 :: :: usando este admirable jabón :: ::

1,25 pastilla grande
0,30 pastilla de propaganda



La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landí □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. 15 "	Seis meses. 25 "

EXTRANJERO

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. MASSIP y COMPAÑÍA—Riva Alavia, 693)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid □ Apartado de Correos, 571 □ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun □ Teléfono, 968 ::

KÂULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

LIBRERIA DE SAN MARTIN

MADRID

PUERTA DEL SOL, 6

VENTA DE NÚMEROS
SUELtos

IMPRENTA DE "PRENSA GRÁFICA", HERMOSILLA, 57, MADRID

UNA PASTILLA VALDA

EN LA BOCA
ES UNA GARANTÍA DE PRESERVACIÓN

de las afecciones de la Garganta, Corizas, Ronqueras, Resfriados, Bronquitis, etc.

ES LA DESAPARICIÓN INSTANTÁNEA

de la sofocación, accesos de Asma, etc.

ES LA RÁPIDA CURACIÓN

de todas las enfermedades del pecho

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA

PEDIR, EXIGIR

en todas las farmacias

LAS LEGITIMAS PASTILLAS VALDA

que son ÚNICAMENTE las que se venden en CAJAS de Ptas 1.50

y llevan el nombre **VALDA** en la tapa

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^o
Barcelona.

Fórmula:
Menthol: 0,002
Azúcar: 0,003
Goma: 0,003

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confe-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA
ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)
HERMOSILLA, 57

MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS